

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 507.

SUMARIO.

La princesa Alejandra de Dinamarca; grabado. — Historia de las alteraciones de Aragon en el reinado de Felipe II. — Ya no hay distancias. — Lucas Vuocolowich; grabados. — Boeage, artista dramático francés; grabado. — La telegrafía eléctrica en el campamento de Chalons; grabado. — Revista de Paris. — Padua. — Inauguración del ferrocarril de Lausana a Friburgo; grabados. — Los hechos de Aspromonte; grabado. — Cuentos de Carlos Dickens. — Fábrica de refino de MM. Emilio y Gustavo Etienne en Nantes; grabado. — Fábricas de vidrio de la compañía general del Loira y del Ródano; grabados. — España en Londres. — Problemas de ajedrez; grabado. — Inauguración de la estatua del pintor Decamps en Fontainebleau; grabado. — Ignacio Manuel Altamirano; grabado.

impaciencia de las ambiciones y la prisa de los intereses, disfrazándose como siempre con el pretexto del bien público, han sustituido á las armas de la elocuencia la elocuencia de las armas. Retirado de la vida política, el señor Pidal consagra sus ocios á la vida literaria; lo mismo ha hecho constantemente, en los raros intervalos que le han dejado libre la tribuna ó el ejercicio del poder, — alguna vez, aun *siendo poder*, como hoy se dice, — y las páginas de la antigua *Revista de Madrid*, la preciosa introducción del *Cancionero de*

Baena, y últimamente la *Historia de las alteraciones de Aragon* le aseguran en la república de las letras un puesto no menos elevado ni menos honroso que el que ocupa ya de antiguo en la esfera política.

Nadie se sustrae á su estrella. La del señor Pidal, como hombre público, como diputado, como ministro, ha sido luchar con las opiniones extremas, siempre entre dos fuegos, que es el puesto mas peligroso; hoy, como historiador, su estrella sin duda le lleva al mismo puesto de honor y de peligro tambien, en razon á la delicada índole del argumento que ha tomado á su cargo.

Ninguno de mayor empeño ofrece acaso nuestra historia; ninguno, sobre todo, mas ocasionado á suscitar las pasiones y en que mas difícil sea por consiguiente la imparcialidad. Felipe II es una de esas grandes figuras históricas á quienes es preciso amar ó aborrecer, mala disposición para juzgarle bien. El señor Pidal, sin embargo, á fuerza de estudio, ha llegado á desprenderse de toda pasión con respecto á su héroe, y le juzga friamente: refiere los hechos con verdad y deduce las consecuencias con una lógica inflexible. Todas las grandes cualidades del hombre político, despojadas empero del calor propio de la improvisación, y por eso mismo mas poderosas y mas contundentes, por decirlo así, brillan en el historiador de las *Alteraciones*. ¿Qué mucho pues que hayan encontrado las mismas contradicciones y provocado las mismas iras de siempre?...

Esas contradicciones y esas iras pasarán no obstante sin dejar rastro, y la obra del señor marqués de Pidal quedará como uno de los mejores libros de nuestro tiempo. Entre tanto, y este resultado era facilísimo de prever, su reciente publicación ha dado origen á una viva polémica en los periódicos de Madrid. Una de las fatalidades al parecer incurables, de la prensa política, lo mismo en España que en los demás países regidos por instituciones libres, es convertir en armas de partido todas las cuestiones, aun las mas apartadas de nuestros intereses contemporáneos; error funesto, cuya necesaria consecuencia es oscurecer aun mas esas cuestiones, cuando ya de suyo son oscuras, y derramar esta oscuridad aun sobre las que, examinadas con imparcial criterio, deberían parecer muy claras. El efecto natural de la pasión es desfigurar todo. Otro error muy grave de la crítica moderna, gene-

HISTORIA de las alteraciones de Aragon

EN EL REINADO DE FELIPE II.

POR EL MARQUÉS DE PIDAL,
DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA, etc.

(2 tomos. — Madrid 1862.)

El nombre del señor marqués de Pidal, autor de este libro, ha venido á ser en España un simbolo de la buena fe política, de la probidad y del vigor en las convicciones. Algunos han negado sus aciertos, como hombre de Estado; nadie ha puesto en duda la sinceridad de sus palabras ni la pureza de sus actos. Las doctrinas del moderno liberalismo, representado por la alianza íntima del orden con la libertad, no han tenido en España campeón mas autorizado, mas infatigable, y para decirlo todo de una vez, mas temido de sus adversarios de por delante y por retaguardia, quiero decir, del progreso rápido, y del retroceso mas rápido todavia. Durante los veinte años que ha venido á durar su carrera pública, cortada hoy lastimosamente por graves dolencias físicas, escollo glorioso de las luchas civiles que tambien tienen sus heridos y sus muertos como las mas sangrientas campañas de mar y tierra, su implacable dialéctica, tantas veces comparada á la famosa maza de Fraga, los ha acosado sin tregua y los ha vencido en todas las batallas: solo se le ha visto abandonar la brecha cuando la



La princesa Alejandra de Dinamarca, prometida esposa de S. A. R. el príncipe de Gales.

ralmente hablando, aun cuando la pasion no la ofusque, es juzgar de las cosas antiguas con las ideas modernas, aplicando inconsideradamente a los hombres de otros tiempos el código mismo que rige para los hombres de los nuestros; insigne injusticia que desde luego salta a la vista, pues vale tanto como dar a las leyes un efecto retroactivo. Cierta que las leyes de la moral universal, instituidas por Dios mismo en el eterno código del Sinai, son igualmente aplicables a los hombres de todos los tiempos: esas leyes, con efecto, no varian; pero cada periodo histórico, cada pais, cada hombre tal vez las concibe y por consiguiente las aplica de distinta manera. Esa infinita variedad de pareceres que emana del libre albedrio, noble atributo del linaje humano, constituye al mismo tiempo su mayor gloria y su mayor miseria: al lado del código eterno de la moral universal, esta la sentencia, eterna tambien, como pronunciada igualmente por Dios, que entrega este mundo a las disputas de los hombres. De aquí la necesidad, para el historiador filósofo, de tomar muy en cuenta la *necesaria* inestabilidad de las ideas dominantes en las diferentes sociedades, y de no medir por consiguiente con el mismo rasero a los hombres de todos los tiempos. Juzgarlos a todos bajo un mismo y solo punto de vista es ser deliberadamente injusto, so color de exagerado respeto a la justicia. *Summum jus, summa injuria* es un axioma en Derecho.

El autor del libro que voy a examinar con la brevedad propia de un periódico de esta clase, al correr de la pluma, me parece profundamente penetrado de esta verdad elemental, olvidada así por los que le han juzgado con el criterio de las modernas ideas liberales, como por los que, mas desacordados en mi humilde entender, le han aplicado no sé qué exageradas máximas de retroceso rabioso que lanzandose de un salto muy por detras de las que dominaban en el siglo XVI, forman el increíble catecismo de la moderna escuela llamada neo-católica. Esta divergencia de opiniones sobre los sucesos que refiere el señor marqués de Pidal, nacida de iguales causas, y en parte tambien de no haber sido hasta ahora bien conocidos aquellos sucesos, no es de hoy: data ya de antiguo. «—Unos han afectado ver en cada aragonés de los que tomaron parte en aquellos disturbios en favor de Antonio Perez y de los fueros, como ellos los entendian, un héroe impecable; y en el rey y sus ministros y partidarios unos aborrecibles tiranos: los opositores, por el contrario, han considerado en cada sublevado un sedicioso y rebelde lleno de delitos, y en los contrarios los fieles, los leales, los defensores sin mancha de las leyes. *Ni lo uno ni lo otro es cierto*: de una y otra parte habia abusos, habia violencias y aun crímenes; pero habia tambien miras honradas y deseos de favorecer el bien comun.»

Así se explica el autor en su excelente introduccion, dechado de lucidez, y esta es la pura verdad. Esto basta sin embargo para que hoy tambien, los sectarios del moderno absolutismo, bautizados entre nosotros, como he dicho, con el expresivo dictado de neo-católicos, porque en política como en religion parecen todavia mas intransigentes que sus mismos antepasados, vean en el señor marqués de Pidal casi un revolucionario, porque reconoce *algo bueno* en los defensores de las antiguas libertades de Aragon, y *algo malo* en la autoridad despótica de Felipe II; del mismo modo que para los de la opinion contraria peca de retrógado por no juzgar a este príncipe con toda la severidad con que hoy sería juzgado si desgraciadamente ocupase el trono; desgraciadamente, digo, porque a pesar de sus grandes cualidades, creo fuera de toda duda que el vencedor de San Quintín no fué un buen rey ni mucho menos un hombre bueno. En este punto, confieso que me cuento entre los que le son hostiles: acaso por no haberle estudiado bastante, le juzgo con prevención desfavorable, con pasion mas bien, no quiero negarlo. Después de Enrique VIII de Inglaterra y de Carlos IX de Francia, no recuerdo ninguna figura histórica mas antipática. Comprendo que Erasmo llamase al siglo XVI en que florecieron tales reyes el *excremento de los tiempos*. Cuatro versos de nuestro gran poeta Quintana retratan física y moralmente en sus últimos años al fundador del Escorial, tal cual le representan de consuno a mis ojos la Tradición y la Historia confirmadas por el vigoroso pincel de Pantoja:

Su rostro enjuto y miserables facciones
De su carácter vil eran señales,
Y blanca y pobre barba las cubria
Cual yerba ponzoñosa entre arenales.

No parece del todo conforme con este duro fallo el autor de la *Historia de las alteraciones de Aragon*, que en varios pasajes de su libro juzga a Felipe II con una templanza parecida a la benevolencia. «Era, dice, generalmente temido y respetado, pues además de sus grandes fuerzas, eran reconocidas sus dotes de gobierno y las de los célebres generales y hombres de Estado que tenía a su servicio. Era celosísimo de su autoridad y de la pureza de la fe católica, y sus consejeros y ministros se hallaban poseídos del mismo espíritu.» (Tomo I, página 59). En la introducción es todavía mas explícito: «La gran figura de Felipe II domina de tal manera en la historia de su reinado, que al leer los historiadores parece no distinguirse otra influencia, otra personalidad, otra cabeza que la suya; y sin embargo no era así, ni podía serlo... Su actividad era grande; tan grande como la de su padre, solo que en Carlos V la actividad se convertía siempre en acción y ejecución exterior: en

Felipe II en dirección y ejecución; por decirlo así, interior... Felipe II ha sido pintado con conocida exageración por amigos y adversarios. Hombre grande, representante y defensor de grandes intereses y enemigo poderoso de los que los combatian, fué juzgado con injusticia y con pasion por el partido que defendía y por aquel a quien contrariaba. Para los unos es un fanático y un tirano; para los otros el brazo derecho de la Iglesia y el fundador de la autoridad real... De todos modos hay que juzgarle con el criterio de su siglo y por las máximas que en él prevalecian: el que se acomoda a las reglas admitidas como buenas en su nacion y en su tiempo podra errar, pero sus errores no deben ponerse a su cargo personal, sino al de su tiempo y pais. Nuestro juicio es que Felipe II fué un gran rey y el representante mas en relieve de los principios que sostenía: tal vez los llevaba en el ardor de la contienda hasta la exageración. Su política interior, sobre todo, se resintió del espíritu de la época, favorable en demasia al poder real.»

De intento he reunido todos estos retazos del juicio que en distintas ocasiones forma de Felipe II el señor Pidal, para que resalten mejor dos circunstancias que creo notables: 1ª, que nada hay en ese juicio que favorezca, en lo moral, al carácter de aquel rey; 2ª, que según de él mismo resulta, no fué tan grande como generalmente se supone, y como dice el mismo señor Pidal, supuesto que en vez de imprimir a su siglo una dirección suya propia y de imponerle en cierto modo su personalidad, se limitó a recibir de él aquella dirección, exagerandola, y el espíritu de su época le impuso a él la línea de conducta que siguió tan obstinadamente, aplicando a ello sin escrúpulo sus poderosos medios de acción. Los hombres verdaderamente grandes no proceden así; no son dirigidos; dirigen: no son dominados; dominan. Con mucha razón dice el señor Pidal: *Todos los reyes de aquel tiempo fueron cortados por el mismo patron*. Cierta; por eso cabalmente Felipe II, que fué uno de tantos, no los sobrepuja sino por haber tenido mayor poder, mas fuerzas disponibles, no mas grandeza de alma que ellos. Si en algun concepto fué grande, solo parece justo decir de él que fué un gran tirano. Fúes ta en último resultado para la nacion, su política echó las semillas de todos los males que en menos de un siglo nos condujeron, como a un abismo facil de prever, al miserable reinado de Carlos II.

El gran suceso a que el señor marqués de Pidal ha dedicado largos años de estudio y que al cabo ha venido a dilucidar completamente en el libro que acaba de dar a luz, tiene una importancia capital en nuestra historia por haber sido el verdadero fundamento de lo que hoy llamariamos la unificación de España. La destrucción de los fueros de Aragon fué el complemento de la guerra de las comunidades. Que Felipe II se aprovechó muy gustoso de la ocasión que se le vino a las manos para acabar con aquellos fueros, es indudable; pero no sería justo acusarle de haber suscitado mañosamente aquella ocasión, producida por una serie de circunstancias felices ó desgraciadas, según el criterio que se aplique al resultado necesario que tuvieron. Felices deben considerarse los que juzgan, como el autor de esta obra, que pocas cosas pueden convenir mas a una gran nacion que la uniformidad en sus leyes generales y la unidad en sus sentimientos é intereses. Los que ven un grave peligro para la libertad en la aglomeración forzada de distintas nacionalidades y creen que los Estados pequeños son mas felices que los grandes, a cuya opinion me inclino mucho, no podrán menos de lamentarlas. *Necesario* he llamado a aquel resultado, porque es claro que declarada la lucha entre el inmenso poder de Felipe II y el flaco reino de Aragon, que no debe confundirse con la *Corona* de Aragon, el éxito no podia ser dudoso: menos aun, estando aquel pequeño reino despedazado por una profunda anarquía, originada principalmente de la excesiva prepotencia y tiranía de los señores de vasallos; menos aun, por último, habiéndose empeñado temerariamente en una mala causa, cual era la defensa de Antonio Perez, el asesino de Escobedo, poco digno del interés que por él mostraron y de los sacrificios que por él hicieron sus paisanos. Examinados con imparcialidad los documentos, muchos de ellos enteramente nuevos, que aduce el señor marqués de Pidal, sería difícil no adherirse en el gran drama que elegantemente relata, al partido del poder real, caso de que no hubiese abusado tan cruelmente de su victoria, no obstante estar representado aquel partido por un Felipe II, contra el del bando popular, aunque representado por un Lanuza, en quien desde niños estamos acostumbrados a figurarnos un héroe, mártir de la libertad. En este punto, como en tantos otros, la Tradición y la Poesía no están conformes con la realidad histórica.

Uno de los puntos que mas docta y sagazmente trata esta obra es el de la verdadera índole de los movimientos de Aragon. Por mas que en último resultado fuesen fatales al pueblo aragonés por cuanto fueron la ocasión de que viniese a perder sus libertades, es lo cierto que mas aun perdió con ellos la nobleza, y que el pueblo, con perderlas, no hizo mas que cambiar de opresión: oprimido antes por los señores, lo fué luego por el rey, no con mas dureza. Fué aquel un movimiento popular sin duda, pero mas en la apariencia que en la realidad, pues muchos y poderosos magnates lo patrocinaron y promovieron; en su propio interés, claro está. Por lo demás, nada menos parecido a lo que hoy entendemos por un liberal que aquellos antiguos defensores de la libertad. Sobre esto refiere el señor marqués de Pidal un caso curioso, que es el de don Diego de Heredia, uno de los mas comprometidos en la defensa

de los fueros, el cual reconvenido por haber hecho ahorcar sin forma de proceso a unos vasallos suyos, contestó que en ello *no habia hecho mas que hacer uso del derecho que tenía sobre ellos*. Así entendía aquel patriota la libertad. — Pero ¿qué mucho? — peor la entienden hoy algunos.

No creo posible dar idea cabal en un artículo de todos los atractivos que encierra el libro del señor marqués de Pidal para los aficionados a esta clase de estudios: aun considerado únicamente como libro de recreo, es seguramente uno de los mas curiosos y entretenidos que de mucho tiempo a esta parte se han publicado en España y fuera de ella. Su relato, siempre animado y lleno de lo que suele llamarse colorido local, y realzado además por un lenguaje de los mas castizos y correctos, ofrece todo el interés de una novela. Las escenas que describe y los caracteres que pinta llevan tal sello de verdad y tienen tanta vida, que involuntariamente cree uno hallarse mezclado a aquellos sucesos y conocer a aquellos personajes. Bien puede jactarse el autor de haber conseguido el objeto que anuncia en su introducción. — «He querido, dice, contando un hecho con todos sus detalles y pormenores, que así como no pueden tener lugar en una historia general, son muy oportunos en una monografía, he querido, repito, examinar minuciosamente los ocultos resortes, los mas pequeños é íntimos incidentes de los sucesos; hacer, por decirlo así, la autopsia de aquella época, de aquellos hombres, de aquellas instituciones y de aquel reinado, para darle a conocer en su espíritu, en sus aspiraciones y en su mas íntima esencia.» — Para conseguir este resultado, el autor declara — (declaración inútil para los que conocen su incontestable amor a la verdad) que ningún sentimiento de odio ó afecto guía su pluma, por cuanto la historia no debe escribirse *para intervenir en nuestras disensiones y en nuestra política actual*, expresión que me parece verdaderamente feliz; y porque los que escriben la historia para favorecer una opinión cualquiera, la acomodan casi siempre, aun contra su voluntad, a lo que mas conviene a su intento, no a la verdad ni exactitud de los hechos, de donde resulta que los juicios que forman son casi siempre apasionados é injustos.

Los del señor marqués de Pidal, siempre imparciales, salvo que alguna vez se pueda tachar a algunos, creo yo, de un poco benévolos, llevan constantemente el sello de una alta razón, muy compatible las mas de las veces con una noble indulgencia. En las serenas regiones a que el autor se levanta, la ira, la indignación, las pasiones violentas tienen poco acceso. Su profesión de fe en punto a filosofía de la historia se encierra en estas hermosas palabras: — «No simpatizo con los escritores que calumnian a la especie humana, suponiendo en todas sus acciones fines condenables; al contrario, creo que el hombre en general y mas todavía una reunión numerosa de hombres, aun en los mayores extravíos, suelen ser guiados por un principio laudable, aunque con frecuencia exagerado y viciado; y no sé qué pensar de aquellos que, como si el hombre no obedeciese nunca a inspiraciones laudables, aun en las acciones mas plausibles, van siempre a buscar fines torcidos. Esto que se explica y comprende durante el calor de las contiendas, en que se aborrece mas a quien mayor temor nos infunde, ó alcanza mas crédito en contra nuestra, en el historiador no puede hallar género de disculpa.»

Bastan estos extractos para que se conozca el espíritu de rectitud y casi diré de *caridad* en que está redactada la obra del señor marqués de Pidal: ese mismo espíritu tan propio de un historiador verdaderamente filósofo, explica los ataques notoriamente injustos de que ha sido objeto por parte de todas las opiniones extremas, según dije al principio. Por lo demás, en cuanto a la verdad de los hechos que refiere, no ha llegado a mi noticia que haya sido hasta ahora contradicho por nadie, ni es facil que lo sea, porque según él mismo declara en su ya otras veces citada introducción, «no hay (en esta historia) el menor incidente, el mas mínimo detalle que no esté tomado de documentos originales ó coetáneos, de piezas oficiales ó de escritores dignos de fe.» Abundan con efecto en esta obra los testimonios fehacientes, desenterrados con la mas exquisita diligencia de nuestros archivos públicos y privados, y de algunos extranjeros; árdua tarea facilitada al autor por su ventajosa posición durante muchos años, como ministro de la Corona, y por la cooperación de sus numerosos amigos, a que se muestra en cuantas ocasiones se le presentan noblemente reconocido. Los *apéndices* de documentos, inéditos los mas, que acompañan a los dos volúmenes publicados, no son la parte menos curiosa é importante del trabajo del señor Pidal. Según mis noticias, todavía se propone publicar un tercer volumen, dedicado en su mayor parte a la inserción de documentos justificativos. Lo publicado alcanza hasta el suplicio del Justicia de Aragon don Juan de Lanuza, ejecutado en Zaragoza el 20 de diciembre de 1591, uno de los grandes crímenes, necesarios si se quiere, pero crímenes al fin, que con el otro de la muerte dada a los condes de Egmond y de Horn, han contribuido mas a hacer odiosa en el mundo la memoria del que a unos mereció el dictado de *Prudente*, y a quien con mas razón denominaron otros el *Demonio del Mediodía*. El libro del señor marqués de Pidal acaba pues como una tragedia: con el Justicia Lanuza mueren en el último capítulo las libertades ó, mas bien, como hoy diríamos, la autonomía de Aragon.

EUGENIO DE OCHOA.

¡ Ya no hay distancias !

CUADRO DE COSTUMBRES.

Lector, ¿eres aficionado á viajar?

Si no me contestas con una pregunta, es señal de que no sabes lo que te he preguntado.

Para ponerte en camino de comprender el que vamos á andar en este cuadro, es preciso que me contestes preguntándome lo que yo entiendo por viajar. Si así lo hicieres, y quiero suponer que así lo has hecho, veras cómo yo te respondo que viajar no es dejarse trasladar de un punto á otro.

Y si esta respuesta negativa no te parece digna de la pregunta, te diré otra más categórica y más llana. Te diré que el viaje y el transporte son dos cosas enteramente distintas, como lo son el alimento y el medicamento. El primero es una necesidad y un placer, y el segundo es una necesidad y un tormento. Pero de todos modos y aunque esto que digo sea una verdad, tampoco es mentira que los verdaderos viajes pertenecen ya á la historia, y que lo que ahora se usa es el transporte. Las personas han venido á ser cosas que se llevan de un lado á otro, sin que ellas intervengan en su propio movimiento, y que una vez entregadas á la máquina que ha de arrastrarlas en su camino, no les cumple ni les conviene hacer nada mejor que cerrar los ojos para abrirlos en el otro mundo, si el locomotor ha hecho la calaverada de echarse con la carga por un derrumbadero, ó en el término del viaje, si este ha sido feliz.

Así, lector, aunque te he preguntado si eres aficionado á viajar, no es para proponerte que viajemos, sino para decirte que los viajes se han acabado.

Aquella tranquilidad andariega, con que la mu'ca de paso iba uno tras otro llevando los frailes al capítulo, los estudiantes á las universidades, los canónigos á la catedral y los corregidores al pueblo de su corregimiento, ha desaparecido. El siglo de los destajistas ha suprimido las jornadas en los viajes, y haciendo apuestas de celeridad con el aire, aunque trasporta á los hombres por tierra, los lleva en volandas de un lado para otro sin dejarles descansar en parte alguna.

Pero como las distancias que separan unas poblaciones de otras, se llaman caminos, siquiera sean caminos de hierro, y las gentes que por ellos transitan se apellidan viajeros, fuerza nos ha de ser llamar viaje á lo siguiente:

La escena pasa en una calle ó en muchas á la vez. Quien hace un cesto hace ciento, y visto un transportado, puedes figurarte los demás. Una señora sola, enteramente sola, sale de su casa en traje de camino; el traje de camino no es hoy como ayer, el más viejo y el más remendado, sino el más nuevo y el más por remendar. Del brazo izquierdo le cuelga lo que siempre se ha llamado un esportillo y ahora se llama *cabas*, y con la mano derecha sostiene un gran talego de color, cerrado con un candado. Este envoltorio que se conoce con el nombre de *saco de noche*, no porque sea la funda de las personas mientras duermen, ni porque haya de servir de almohada para tenderse á dormir durante el viaje, es la prenda característica del viajero. Hoy día cualquiera puede lanzarse á viajar sin más ropa blanca que la puesta y gracias si esta completa y recién lavada, y puede omitirse y se omite el pasaporte, pero lo que no puede dispensarse es el saco de noche. Dicen que estas prendas se inventaron para guardar en ellas la ropa sucia, y esto no es posible puesto que van llenas al empezar el viaje; ó como suplemento de los bultos del equipaje, y esto tampoco puede ser cierto, porque la mayor parte de los viajeros no llevan más bulto que el suyo y el del saco de noche.

De todos modos, ¿quién es capaz de saber lo que una señora puede llevar en un saco de noche? Si es una costurera, que no porque la veas con traje de princesa has de creer que lo es ni lo ha sido sino de algún teatro casero, guardate de pedirle una aguja ni una hebra de hilo; no lleva ella en el saco ninguno de esos remordimientos. Un vestido por si se le rompe el que lleva puesto, una manteleta de dos caras para hacer varias, según los tiempos vengán, un par de botas nuevas por si conviene saber dónde le aprieta el zapato, un estuche de pomadas y barnices por si le ocurriera ruborizarse ó perder el color con los lances del viaje, algún abanico con el que pueda darse el aire que más le convenga, y tres ó cuatro libros de novelas y un devocionario de lujo, no por lujo de devoción, sino por ser lujosamente devota, hé ahí el contenido probable de un saco de noche. En el *cabas* no lleva fiambres, porque haría fiar ella en que la suya le haría comer cuanto encuentre al paso, y solo una *Guía del viajero*, un espejito á quien poderle preguntar de vez en cuando lo que hace el cabello, un peine para que este se contenga á raya, unos cuantos caramelos por si hubiera necesidad de enseñar los dientes y un frasco de éter para los accidentes previstos aunque indeterminados, es todo lo más que suele encerrar el esportillo. Alguna vez, no todas, se suele llevar un velo de repuesto por si las tintas de la atmósfera hicieran preferible el velo verde al negro, ó este al blanco ó al morado; pero este es un verdadero refinamiento de equipaje: esto solo lo hacen las que tienen el viaje como una profesión.

Dejemos por lo tanto de escudriñar la conciencia de los sacos de noche y de los esportillos, y sigamos á la viajera.

Acércase á un coche de alquiler, dé los que el vulgo llama *tres por ciento*, no porque haya tres buenos en cada centenar de ellos, que todos son malos, ni porque

los cuadrúpedos que los mueven den tres pasos mientras debieran dar ciento, sino porque estos carruajes fueron uno de los primeros productos del crédito nacional. Acércase, digo, a un coche, abre por si propia la portezuela, mira al cobero, y mientras este sin mirarla quita la tablilla en que esta escrito el consabido *se alquila*, para que no parezca que se alquila el coche con lo que lleva dentro, le dice: *Al Mediterráneo*.

El cobero no pregunta nada, y por toda contestación sacude el latigo tres ó cuatro veces sobre las orejas del caballo, echa el cuerpo hacia adelante como para ayudar y dar ejemplo al animalito, y le encamina hacia el Mediterráneo. Pero ya puedes figurarte, lector, que aunque el lacónico lenguaje de la viajera se presta á toda clase de interpretaciones y lo enjuto del caballo no haría de todo punto inútiles los baños de mar, el Mediterráneo a donde se dirigen no es otro que el embarcadero del ferro-carril de M. A. Z., ó sea la primera estación del via-cruce moderno que va desde Madrid á Alicante y á Zaragoza.

Aunque el caballo no ha corrido, porque si alguna vez tuvo esas mañas ya las ha olvidado, el servicio que acaba de hacer se llama carrera de real orden, y de real orden también se manda que por cada una de ellas, corta ó larga, se pague una peseta. Así lo hace la viajera al saltar del carruaje; pero el cobero se niega á recibir los cuatro reales y pide ocho, porque á la mitad del camino había parado el coche para contestar á una pregunta que la señora tuvo la indiscreción de dirigirle. Disputa en vano, porque el cobero prueba que el caballo ha arrancado dos veces y han de pagarle dos carreras, y la viajera tiene que dar dos pesetas, y las gracias en su interior, porque á tan poco precio se va acostumbrando á la tiranía que en adelante le espera.

Cien carruajes de plaza, y diligencias y omnibus llegan á la vez á la estación, y multitud de gentes de todas clases se agolpan delante de un ventanillo de una cuarta en cuadro, dejándose ordenar por un agente de policía que los enfila en un enverjado de madera, donde pacientemente aguardan, primero á que se abra la ventana, y luego á que vayan pasando uno á uno los que estén delante, y alojando los cuartos recojan un pedacito de cartulina del tamaño de una tarjeta. — *Dos, Alicante, primera. — Uno, Albacete, segunda. — Tres, Getafe, tercera*, son las únicas palabras que se escuchan en la rejilla de aquel confesionario, sin que se oigan más voces que las de los penitentes, que después de haber facturado sus personas, corren á otro departamento á facturar sus equipajes.

— ¡ Una mala ! gritan en voz alta los encargados de aquella sección al pesar un baul de cuero.

— Mia, contesta un viajero; y mientras la mala que reclama sale en un carrito por la derecha, él se acerca á otro ventanillo á la izquierda, donde le dan un papelito en que apenas podría leerse un cigarro, lleno de misteriosos geroglíficos. Guardale cuidadosamente, porque se trata de un billete al portador, y si le pierde, como que al llegar allí ha trocado su personalidad por el número del billete, y la propiedad de su mala por el del papelito, no podrá reclamar su equipaje.

— ¿ Qué busca Vd., señora ? preguntan los factores á una viajera que corre desolada de un lado para otro.

— ¡ Un mundo ! contesta recorriendo aquel inmenso almacén de efectos de viaje con más avidez que Cristóbal Colón cuando buscaba el suyo en el mapa. ¡ Busco un mundo !

— ¿ Es este ? le dicen, enseñándole un cofre más grande que el arca de Noé.

— No, señor, el mío es mucho mayor. Aquí está, dice por fin poniendo la mano sobre una caja mayor que la de los antiguos coches de viaje.

Y mientras los factores continúan pesando camas, colchones, sillerías, armarios y toda clase de efectos por cientos de cientos de quintales, en otro departamento admiten y facturan rebaños de ovejas y de cabras, vacas, mulas, caballos y toda clase de animales, á los cuales acomodan en sus carruajes antes que á los viajeros, sin que de esta preferencia haya derecho á formar queja, porque sobre haber pagado todos su dinero, allí se sirve al que primero llega, y como las personas, los animales y los bultos todos son objetos numerados, se establece una igualdad perfecta.

A lo que de campana se abre y se cierra el despacho de billetes, y ya los viajeros, encerrados en tres departamentos distintos, sin más preferencias que las del dinero que han pagado por el asiento, aguardan en la primera, ó la segunda, ó la tercera jaula, á que se abran las puertas del andén para tomar los carruajes, que como las jaulas, tienen también sus tres distintas denominaciones, sus tres diferentes pelajes y sus tres diversas temperaturas. En los coches de primera solo tiene el viajero á la vista siete caras desconocidas; en los de segunda, treinta y nueve; en los de tercera todas. En los unos descansa el cuerpo sobre muelles, los pies en alfombras y la cabeza en almohadones; persianas y cortinas libran del sol, cristales del viento y caloríferos del frío. En los de segunda apenas alcanza el respaldo para reclinar la cabeza; pero tienen derecho á cerrar los cristales si les molesta el viento ó el frío. Los viajeros de tercera clase tienen también derecho á recostar la cabeza en la del vecino, y derecho también á usar los cristales; pero es el caso que no los tienen los coches. Ni siquiera hay en ellos rejillas como en las jaulas de los rebaños, ni rejas como en las perreras. También los equipajes van con alguna más comodidad y menos expuestos á los percances del camino.

Porque has de saber, lector, y me alegraré que no lo sepas por experiencia propia, que en estos transportes

modernos se han suprimido todas las molestias de los antiguos viajes, menos los vuelcos.

Los almacenes de efectos de viaje que habrían sido utilísimos cuando el viaje era una peregrinación en la que todos los preparativos parecían pocos, los despachos de diligencias y el continuo rodar de estas por las calles nos han acostumbrado de tal modo á viajar, que hemos suprimido las despedidas, y con ellas los abrazos, los besos y las lágrimas. Guardanse estas para soltarlas cuando por efecto de un descarrilamiento se rompe el viajero la cabeza; los besos se los dan las máquinas cuando chocan unas con otras, y entonces los viajeros si no se abrazan contra cosa peor, se abrazan entre sí quebrándose una clavícula ó hueso de mayor cuantía.

Nadie ve partir el tren sino los mismos que parten y los dependientes de la empresa que recorren los coches contando y recontando las cabezas para ver si hay algún hueco en las fraserías; y encajonados todos, personas, animales y efectos, abre el monstruo sus pulmones de hierro, da un resoplido, y bufando y arrojando aliento de fuego se lanza como una exhalación á través de los campos.

En este momento supremo es cuando el viajero da por bien empleada y bien perdida su dignidad personal. Ya no le pesa de que entre él y su coire no se haya establecido diferencia alguna, y que ambos vayan allí sin nombre ni voluntad propia, esclavos de aquella máquina á quien han hecho dueña y señora de su albedrío y arbitra irresponsable de sus vidas. El hombre, lo mismo el que se considera capaz de haber inventado la pólvora, si hubiese nacido á tiempo de descubrirla, que el que no sirve ni siquiera para usarla, todos sienten un orgullo indecible al recorrer los primeros kilómetros del ferro-carril.

— Preciso es confesar, dice uno de los viajeros sin que los demás se hayan negado á confesarlo, que el hombre ha hecho grandes conquistas en el campo de la inteligencia.

El hombre á quien se refiere el viajero no es Watt, que viendo hervir el agua en las ollas de su cocina, atrapó el vapor que se escapaba por la chimenea y aplicó su fuerza elástica al movimiento de los telares y de los talleres, ni Stephenson, ni ninguno de los perfeccionadores de las máquinas de vapor y de su aplicación á los ferro-carriles. El hombre de que habla es él, él mismo, el propio viajero, que como hijo del siglo XIX, cree que le pertenecen y son suyos todos los adelantos de la civilización.

Cuando un pueblo comete un crimen, los mismos que le han aplaudido en secreto, ó que tal vez han impulsado á que se cometa, se apresuran á pronunciar el nombre de los criminales y á dejar á salvo el suyo de la infamia.

El plural no se usa sino cuando se trata de algún título de gloria, cuando se disputa una corona de laurel. Entonces se apresuran las gentes á olvidar el nombre del autor del milagro y á procurar que la corona tejida para un solo individuo ciña las sienes de toda una generación. Por eso se dice tan á menudo que los hombres del siglo XIX serán el pasmo de la historia y la admiración de los siglos venideros.

Y mientras los viajeros, llenos de orgullo, van á merced de la máquina en cuya invención todos reclaman su cacho de gloria, ella, legítimamente aliva, devora con instantánea rapidez las distancias, pasa como el rayo por encima del río que se había tendido en el prado para cortarle el camino, rompe y atraviesa las montañas que le sale al paso, salta los barrancos más profundos por invisibles barras de hierro y no encuentra obstáculo que le impida llevar de un lado á otro los millares de almas y los millones de arrobas que arrastra consigo. Y cuando el hombre, el verdadero hombre, no el viajero charlatan, sino el maquinista, la enfrena para hacerla parar en alguna de las estaciones, no está agitada ni rendida; su resuello es igual al que tenía al empezar el viaje; su corazón no late con más ni menos violencia y da más ó menos pulsaciones por minuto según la prisa que lleva, pero siempre con la misma regularidad.

En el momento en que para la máquina, quedan inmóviles los veinte ó treinta carruajes ó wagones que arrastra consigo; una voz al parecer humana penetra por las ventanillas de los coches, diciendo: — *Getafe, dos minutos, ó Aranjuez, ocho.* — Y suben y bajan personas, entran y salen animales, cargan y descargan bultos, y vuelve á chillar la máquina, y vuelve á continuar su interrumpida carrera; pasando con igual rapidez por los desiertos arenales que por los floridos vergeles. Unos y otros los ve el viajero como otras tantas sombras chinecas, y los compañeros de transporte se le van quedando en las estaciones del tránsito, subiendo otros á ocupar el lugar de aquellos, y sin que los unos le digan « qué dese Vd. con Dios, » ni los otros le saluden con un « Dios le guarde. »

A fe que él se despidió de sus amigos en Madrid con una tarjeta póstuma, en la que se veía una S. y una D., que así podía leerse se desespera como se despidió, sin decir para dónde, ni cómo, ni cuando; y los que no son sus amigos, sino sus compañeros de encierro, con una cabezaza cumplen, y aun si tardan en darla, se exponen á que el tren marche y los lleve más adelante de donde pensaron ir.

La época presente ha declarado mayores de edad á todos los hombres y aun á todos los niños y en los viajes el único mentor es el dinero. Un perro sabio, que los hay en grado heroico á pesar del monopolio que han hecho los hombres de la sabiduría, se presenta en

un despacho de billetes con una moneda en la boca, le dan una plaza de perrera hasta donde alcanza el valor de la moneda; si sobra algo se lo ponen en la boca, le enjaulan y le sueltan en el punto hasta donde ha pagado. Un mudo puede hacer otro tanto y un niño de pecho lo mismo. En los Estados Unidos, hacia cuyo bienestar material caminamos todos, los niños de menor edad viajan solos con una bolsita atada al cuello, de la cual le sacan en todas las estaciones el dinero preciso para pagar la comida, y cuando llega al término del viaje, le almacenan hasta que alguien viene a reclamarle, dándole de comer y aun cama para dormir mientras le dura el dinero. Cuando se le acaba, figúrate, lector, lo que le sucederá; mas vale que no se le acabe nunca.

En las mesas redondas, que ordinariamente son cuadradas, se sirve la comida en quince minutos, de los cuales hay que descontar siquiera uno para bajar del tren y otro para volver a subir, quedando trece para ver otros tantos platos, pescar algo de ellos, comerlo allí mismo, porque está prohibido guardar nada como no sea en el estómago, y pagar la cuenta.

Los viajeros vuelven al coche rumiando, algunos no vuelven porque llegan tarde, y otros no han bajado del coche porque nadie les ha dicho que se trataba de comer. Como mayores de edad todos tienen obligación de cuidarse a sí propios, oliendo dónde guisan y averiguando dónde dan posada al peregrino.

Aunque para esto último no necesitan hacer grandes indagaciones, en cada estación le acosan al viajero multitud de personas, apoderándose cada una de ellas de un bullo del equipaje, para que repartidos entre muchos toque el peso a menos y las propinas a mas, y acosando al bullo mayor con papeletas de fondas y asientos en los omnibus, y ofreciéndose a ser sus cicerones gentes que no saben serlo de sí propios.

Por supuesto que antes de que el viajero se encamine a la fonda en el pueblo donde da término su viaje, ya le han hecho pasar diferentes humillaciones, identificando de vez en cuando no su personalidad, porque ya está dicho que la perdió al salir de Madrid, sino su individualidad y la categoría de su billete; multan-



Lucas Vucolowich, comandante de las tropas montenegrinas.

dole, como es justo, si ocupa un asiento superior al que ha pagado, y sin decirle, Vd. perdone, como era justo también, cuando ven que tiene su factura en regla y que no se ha estrafacturado.

Obliganle por último a pasar por una puerta de una tercia de ancho, sumando su cabeza con la de los demás viajeros, como se acostumbra a hacer con los rebaños, y recogiendo el billete, si no le ha perdido, que si esto le aconteciere y no prefiriese pagar otro, tardará un buen rato en probar su inocencia.

Aunque sus parientes y sus amigos salen a recibirle, ni él los abraza ni ellos le besan, porque aunque hayan estado ausentes los unos de los otros muchos años, como saben que podrían haberse querido verse, se figuran que no se han dejado de ver.

Valencia es un arrabal de Madrid; Alicante está a las puertas de la corte; Paris y las principales capitales de Europa, forman un gran barrio.

Esto dicen las gentes, y a fuerza de oírlo decir, el siglo XIX ha formulado el suceso con esta frase un tanto arrogante y un tanto andaluza:

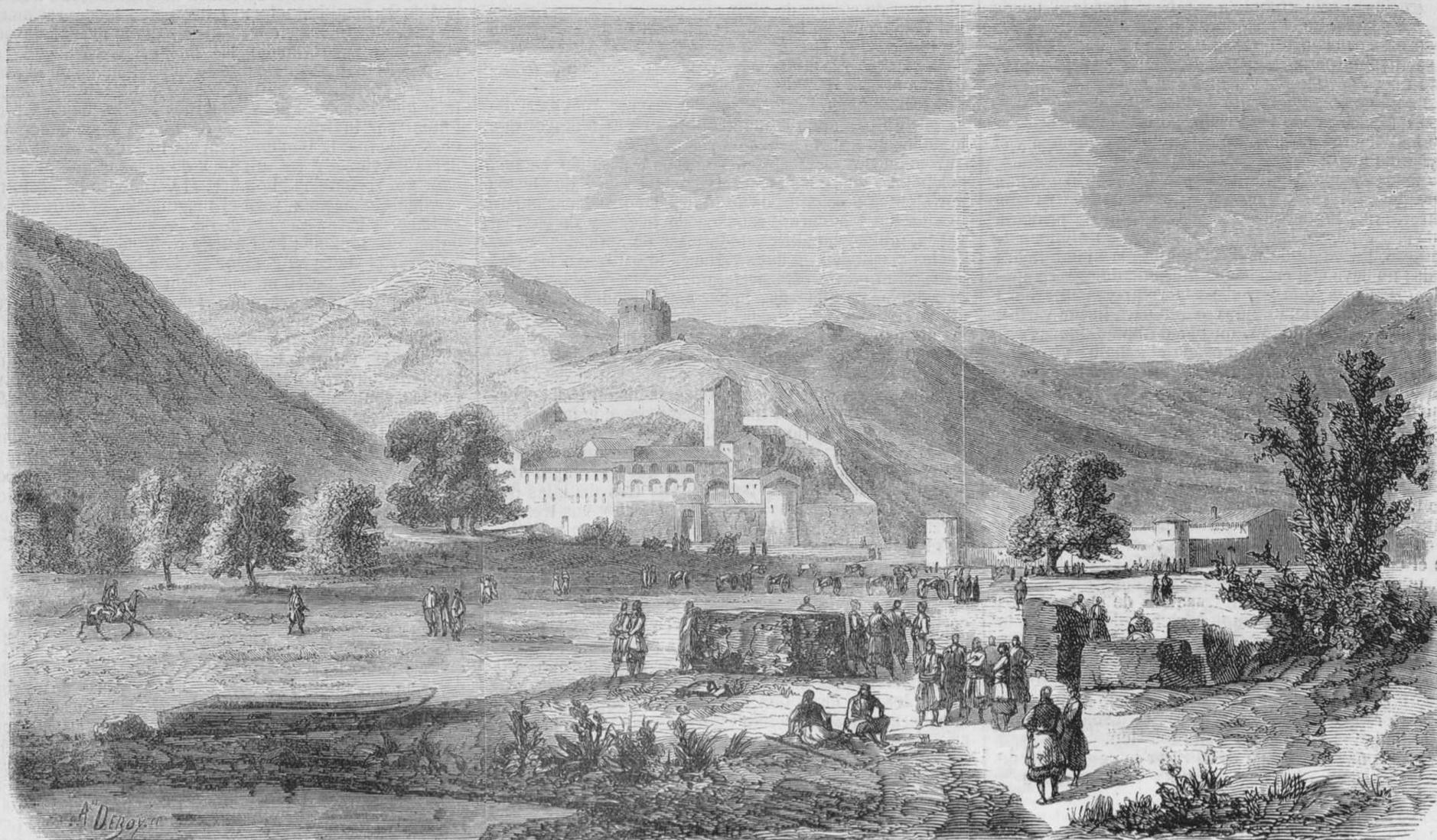
¡ Ya no hay distancias !

ANTONIO FLORES.

Lucas Vucolowich.

Lucas Vucolowich, simple aldeano, nació en 1812 cerca de Niedguz, la primera aldea que se encuentra en la cumbre de las montañas al entrar en el Montenegro por el camino de Cattaro a Cettigne. La historia de sus altos hechos no principia sino en 1848, época en que los montenegrinos bajaron de sus montañas y fueron a destrozarse el distrito de Cattaro, de cuyo punto quisieron apoderarse.

Lucas se distinguió en aquellas diferentes expediciones por su valor en medio de unos hombres que llevan la valentía hasta la locura. Pero en lo que descuella sobre todo Vucolowich sobre los demás montenegrinos, es en su espíritu político y su aptitud para sacar partido de los sucesos menos importantes. Entre las causas que hacen del Montenegro un



MONTENEGRO. — Palacio y convento de Cettigne.

país bárbaro, una especie de China en medio de la Europa, la principal es la ausencia de una salida al mar, de un puerto que le permita abastecerse. En tanto que los montenegrinos se hallen encajonados en sus horribles montañas, corren el peligro de morir de hambre á menos que alguna potencia no les auxilie, como hizo la Francia el año último enviándoles por 80,000 francos de cereales.

Consagrado enteramente á la idea de dar un puerto á su país, Vucolowich se aprovechó en 1859 de los apuros del Austria, y á la cabeza de una cuadrilla de amigos se apoderó de la aldea de Suterina, medio austriaca y medio turca, situada detrás de una pequeña bahía. Dueño de la bahía, Vucolowich hizo levantar dos fuertecillos para defender su entrada; pero sobrevino la paz de Villafranca, y el Austria envió comisarios para notificar al valeroso montañés que destruyera sus fuertes. «Destruidlos vosotros,» respondió, y con la pistola en la mano se abre un paso por entre las filas de los soldados austriacos y desaparece por los montes donde no se atreven á perseguirle.

En los cuatro años que dura la guerra actual, Vucolowich ha hecho tales prodigios que en el Montenegro le veneran como á un santo; pero un disentimiento personal ocurrido con el príncipe reinante, hombre irresoluto, taimado y arrogante, le tiene lejos del centro de las operaciones. Solo con un centenar de intrépidos partidarios, combate por su propia cuenta contra todo un cuerpo de ejército turco. Teniendo un día que reconocer una posición del enemigo, bajó hasta la aldea de Castel-Nuovo, y entonces un fotógrafo llamado Androwich pudo hacer su retrato, del cual hemos sacado nuestro dibujo.

Las últimas noticias anuncian que Vucolowich ha reemplazado á Mirko en el mando en jefe de las tropas montenegrinas.

Publicamos también un dibujo que representa el palacio del príncipe. El edificio que se ve detrás es un antiguo convento griego. Los cañones que se distinguen en primer término fueron cogidos á los turcos en 1858 en la batalla de Grahovo, y su número acaba de au-



Bocage, artista dramático francés. — (Véase la Revista de Paris.)

mentarse con cuatro nuevas piezas tomadas en el combate de la semana última, combate terrible que ha durado tres días, y ha dejado fuera de combate á muchos miles de hombres.

Cettigne, capital del Montenegro, es una aldea miserable donde el mejor edificio es el palacio del príncipe.

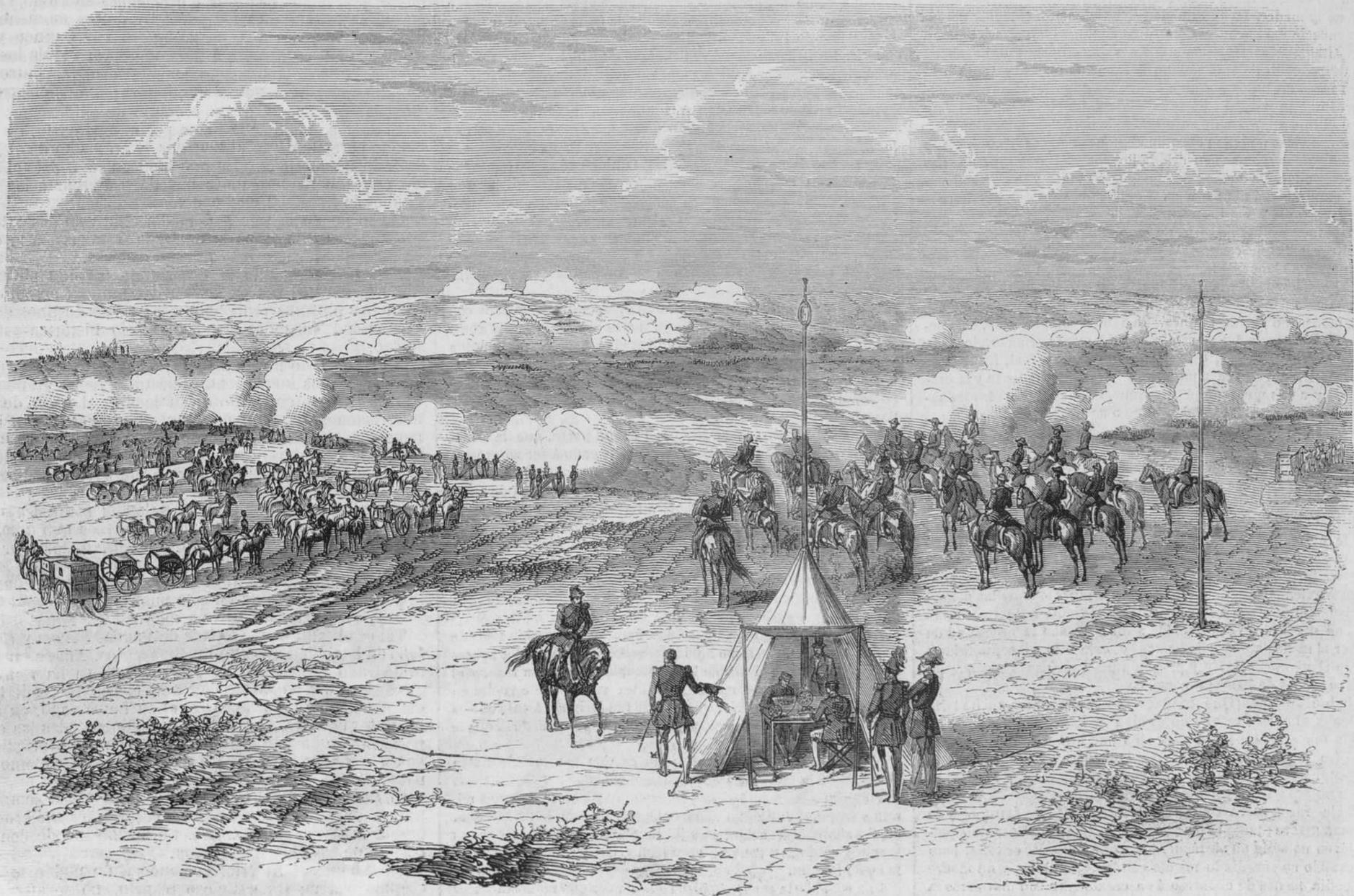
D. A.

La telegrafía eléctrica

EN EL CAMPAMENTO DE CHALONS.

Desde las guerras de la revolución francesa, los ejércitos modernos presentan á veces aglomeraciones enormes de 150 á 200,000 hombres, que deben tener una acción común en un día de batalla. Además, el largo alcance de los proyectiles obliga á las tropas á formarse á una gran distancia las unas de las otras, y á presentar una línea de batalla muy extensa. Estas nuevas exigencias hacen más difícil la función del comandante en jefe, que ya no puede abrazar de una ojeada ni el conjunto de las operaciones, ni los movimientos de cada fracción de combatientes. Para llevar las órdenes verbales á las extremidades de la línea de fuego, se necesitan algunas horas, durante las cuales las circunstancias de la lucha pueden modificarse completamente, y de aquí resultaba que cada comandante de cuerpo debía encontrarse como abandonado á sí mismo y combatiendo aisladamente. La industria acaba de prestar su oportuno auxilio á la ciencia militar.

Este año se han hecho en el campamento de Chalons varias pruebas de telegrafía eléctrica. Se estableció una oficina central en el cuartel general, y de allí se extendieron alambres por medio de un furgon en diferentes direcciones, de modo que el comandante en jefe podía corresponder con sus principales capitanes. Los alambres envueltos en una materia aisladora se tendieron sencillamente sobre el suelo, y las pruebas hechas prometen un feliz resultado. Hasta se llegaron á ejecutar dibujos, por medio de la aguja indicadora, que com-



El telégrafo militar en las grandes maniobras del campamento de Chalons.

pletan las órdenes escritas luego para los generales.

Este empleo de la telegrafía eléctrica no interesa todavía mas que al campo de batalla propiamente dicho, y por consiguiente a la táctica militar. La estrategia no puede utilizar hasta hoy mas que las grandes líneas telegráficas instaladas para el servicio público.

De este modo se perfeccionan cada día los medios de destrucción, prodigiosos ya, de que disponen desde hace algun tiempo las naciones europeas. F. H.

Revista de Paris.

Los parisienses continúan viajando, y en estos días los ferrocarriles meridionales se llevan la palma. La corte está en Biarritz, y por consiguiente, una gran parte de la emigración de Paris se dirige hacia los Pirineos. Las autoridades de las provincias fronterizas han pasado a felicitar a los emperadores de parte de Su Majestad la reina de España, y los periódicos de Bilbao anuncian que no tendría nada de extraordinario que de un día a otro el emperador y la emperatriz de los franceses se decidieran a visitar su nuevo palacio de Artea.

Hace poco mas de dos años por esta época de vacaciones y de visitas campestres un joven de una familia distinguida de Paris salió de la capital con el intento de pasar una corta temporada en casa de unos amigos que vivían a la sazón en una magnífica quinta situada en las inmediaciones del Havre. Este joven a quien llamaremos Enrique, disfrazando discretamente su verdadero nombre, pues todos los detalles de esta historia son auténticos y no estamos autorizados para revelar nombres propios, se halló a sus amigos presa de una inquietud motivada por la mas honda pesadumbre.

— ¡Cómo os encuentro a todos! exclamó Enrique dirigiéndose a Victoriano, uno de los hijos de la casa, y el mismo que le había escrito algunas semanas antes la esquela de convite.

— ¡Ay! amigo mío, repuso Victoriano, te he llamado aquí para confiarte nuestra pena; mi hermano Julian nos ha dado parte de un proyecto que será la desesperación de toda la familia si llega a realizarse.

— ¿Y qué proyecto es ese?

— Quiere entrar en un convento.

— ¿Qué dices? ¿Un muchacho de tanto lucimiento que parecía hecho para brillar en el mundo intenta encerrarse en un claustro? ¿Y qué es lo que ha podido inspirarle semejante resolución?

— Una pena amorosa. — Has de saber que hace tres años, dos señoras, madre e hija, vinieron a habitar cerca de nosotros una casita de campo que las alquiló un labrador. No recibían absolutamente a nadie y se ignoraba quiénes eran. La madre no había perdido aun todas las gracias de su juventud, y en cuanto a la hija era un dechado de hermosura; sin embargo, parecía estar enferma, y a eso se atribuía la tristeza que se notaba siempre en la madre. La enfermedad se adivinaba fácilmente: la joven padecía del pecho, y un médico de los principales del Havre la visitaba todas las semanas. La vida solitaria y uniforme de las desconocidas llamó mucho la atención en estos contornos, pero todos los pasos que se dieron para descubrir su vida y milagros fueron inútiles; no se supo nada. La elegancia en el vestir y el lujo aparente de su morada hicieron suponer que eran personas ricas; mas al cabo de algunos meses se vino a saber que todas las semanas su criada llevaba al Havre un cajoncito con bordados. De aquí se dedujo que la madre y la hija trabajaban para vivir, ó al menos para ayudarse, si es que poseían alguna fortuna. Ignoro, amigo mío, cómo mi hermano averiguó todo esto: pero lo que sé es que supo interesar a nuestra madre en favor de las desconocidas, y obtuvo para ellas todas las labores de ropa blanca de la casa. Aquí se presentaba siempre la joven acompañada de la sirvienta, y no puedo menos de confesarte que era hechicera y de una distinción marcada. En cuanto a la madre, no la vimos nunca. Ya habrás comprendido, mi querido Enrique, que Julian estaba perdidamente enamorado de la joven. Mi hermano es, como sabes, un hombre leal, incapaz de introducirse en una casa para llevar a ella la vergüenza y la deshonra, y a í es que confesó francamente a nuestra madre su nacimiento amor, manifestándole el deseo de tratar a la joven.

— Madre mía, la dijo Julian, conviéndole a esas señoras a nuestras reuniones: estoy seguro de que celebrarás habérlas recibido, pues a mi juicio son personas que han tenido alguna desgracia, y que por ella se encuentran hoy en una posición que no es la suya.

Julian es el niño mimado de mi madre, y por consiguiente no le niega nada, pero debo decir en toda justicia que él no abusa de su poder. Sin embargo, como se trataba de admitir en nuestra intimidad a personas extrañas, y como nosotros no queríamos extender nuestras relaciones sin saber si aquellas dos señoras podían ser presentadas sin inconveniente a nuestros amigos, mi madre hizo comprender a mi hermano la necesidad de tomar al menos algunos informes, y bajo este concepto fuimos al día siguiente al Havre y preguntamos a varios sujetos que no podían menos de haberlas conocido.

¡Pobre Julian! ¡Qué confiado esperaba nuestra vuelta! No abrigaba el menor recelo, antes bien se hallaba convencido de que la que amaba no podía ser sino una hija de buena familia.

— No es rica, me decía a menudo, pero yo lo soy suficientemente. Mi madre no desea mas que mi felicidad, y consentirá en un enlace que colma todos mis deseos.

Tenia razon para contar con las disposiciones favorables de nuestra madre; tenía razon para pensar que la pobreza de aquella joven no sería un obstáculo para que se casase con ella, pero en cambio no sucedía lo mismo con la reputación, y mi madre no podía menos de oponerse a su casamiento con una persona cuya madre era una de esas mujeres que se hallan excluidas de la sociedad.

— ¿Qué dices, mi querido Victoriano?

— La verdad pura. Aquella mujer había disfrutado en el Havre de cierta celebridad, y durante algunos años había ostentado un lujo escandaloso y de procedencia equivoca; hasta que un día había desaparecido de repente de la ciudad sin que nadie conociera las causas que la habían movido a ello. Sin embargo, uno de nuestros amigos nos puso al corriente de la historia de aquella mujer, que te voy a decir en cuatro palabras. En su juventud había tenido una niña a quien adoraba, y respetando la inocencia de esta criatura, se había separado de ella cuando ya no necesitó sus cuidados maternos y la había puesto en un colegio de Paris, ocultándole su vergonzosa posición y no viéndola mas que dos veces cada año. Pero la pobre niña tenía desde la infancia el germen de la fatal enfermedad que muy luego la llevará al sepulcro, y los médicos la aconsejaron como último recurso el aire del país natal, cuando hubo cumplido los diez y seis años. Entonces fué cuando la madre desesperada, loca de dolor, dejó la vida infame que llevaba, y en la cual había encontrado el lujo y la pompa con que se había rodeado. Pero hé aquí que en su fatal imprevisión jamás había pensado en el porvenir, y como todas las de su clase, había gastado anualmente sumas enormes sin reservar nada para otros tiempos. Convencida de que no había remedio alguno para la enfermedad que mataba a su hija, apeló a un recurso heroico, rompió completamente con su pasado, vendió sus joyas y sus muebles, empleó en renta la suma que sacó, y vino a refugiarse en este pueblo. Esta renta era escasa, y así fué que para atender a sus necesidades y sobre todo a los gastos que le ocasionaba su hija, a quien no quería privar de nada, tomó el partido de ponerse a bordar, para lo cual posee un talento maravilloso. Así la infeliz mujer expía cada día con sus angustias las faltas de su vida depravada, y espera la hora en que la muerte arranque de sus brazos a su hija, hora fatal que será igualmente la última para ella.

— ¡Pobre mujer! exclamó Enrique conmovido; ¡qué castigo tan horroroso! ¡Cómo debe maldecir al primero que la precipitó en la infamia! Mas ¿qué dijo Julian al saber esa historia?

— Mi madre no juzgó conveniente enterarle de todos los pormenores; pero como él espiaba nuestra vuelta, conoció desde luego en nuestras caras que el viaje no habia tenido un buen resultado. Sin embargo, nada nos preguntó, si bien sus ojos fueron mas expresivos que lo habrían podido ser sus palabras.

— Hijo mío, mi querido Julian, le dijo nuestra madre, tenemos que renunciar a la esperanza de recibir en casa a esa familia; mas aun, en lo sucesivo es preciso evitar el ver a esa joven.

Mi hermano no respondió; conociendo la bondad y la tolerancia de nuestra madre, comprendió que debía tener motivos muy poderosos para negarle una cosa que él había pedido con tanto ahínco, y para arrebatarle la esperanza de un enlace en que cifraba él toda su felicidad. No respondió, pero lloró en silencio, lloró como se llora al perder una primera ilusión cuando el corazón no se ha endurecido aun con las crueles decepciones de la vida, cuando el alma no se ha gastado al doloroso contacto con las erezas de la existencia. Ocho días despues mi hermano se hallaba con una horrible calentura que le condujo a las puertas del sepulcro.

— ¿Y cómo fué, preguntó Enrique, que al ver a su hijo en ese extremo tu madre no acalló el orgullo de su raza permitiendo el casamiento de Julian?

— Todos tratamos de decidirla a que lo hiciera así, y yo la prometí acompañar a mi hermano y a la joven al extranjero, donde habrían podido casarse y aun establecer su residencia para evitar todo escándalo; pero ella se mantuvo inflexible, y habría preferido perder a Julian antes que consentir en su enlace.

A fuerza de cuidados, y gracias tambien al buen temperamento de mi hermano, se pudo vencer la enfermedad, pero su corazón quedó herido dolorosamente. Nunca mas trató de ver a la joven, hace un año que no sale de casa, y por último, ha anunciado la firme resolución de entrar en un convento para noviembre próximo.

— ¿Y esa joven ama a Julian tanto como él la ama? preguntó Enrique.

— ¡Quién no ha de querer a Julian! respondió Victoriano con ardor. Sí, la pobre joven es por su parte tan desgraciada como él. Yo fui a verla y la dije que varias circunstancias de familia hacían que no pudiera efectuarse su casamiento con mi hermano; y la infeliz criatura que ignora la posición de su madre, me respondió levantando al cielo sus hermosos ojos anegados en llanto:

— Puede Ud decir a su hermano de mi parte, que la felicidad no es de este mundo. Si yo hubiera llegado a ser su esposa, mi mala salud habría turbado sin duda nuestra dicha doméstica, y así es preferible que yo vaya a esperarle cerca de Dios. Además, conozco que voy a morir pronto, de modo que no tendré que penar largo tiempo con esa cruel separación que ustedes nos imponen.

Victoriano lloraba al contar esta triste historia.

Enrique pasó quince días en la casa, gastando inútilmente toda su influencia sobre Julian para decidirle a cambiar de propósito.

Dos años el amigo de Victoriano había permanecido lejos de Francia, y muy a menudo había pensado en aquellos dos pobres amantes, víctimas el uno de las preocupaciones de su raza, y el otro de la falta de una madre culpable; y apenas de vuelta en Paris este verano, lo primero que hizo fué dirigirse a casa de sus amigos, ansioso de saber el desenlace de la triste historia que le habían contado.

Pero en dos años no mas, ¡qué cambio tan grande había ocurrido en la familia antes tan desgraciada!

Victoriano le recibió en sus brazos muy gozoso, y algunos minutos despues, Julian no menos alegre y risueño le presentaba, no sin alguna turbación, a su joven y bella esposa, que por su gracia y distinción merecía muy bien el puesto que ocupaba en la noble familia.

Una señal de la madre le hizo comprender que no debía hacer ninguna pregunta, y no tuvo mas remedio que resignarse a esperar la solución de aquel enigma de la felicidad de Julian.

Aquella misma tarde Victoriano enteró a su amigo Enrique de todo lo que había acaecido.

La pobre enferma había muerto a la entrada del invierno, y su madre había abandonado aquellas tierras.

Julian, inconsolable en un principio, había renunciado a su propósito de encerrarse en un claustro a fin de no perder de vista el sepulcro de su amada, y con efecto, durante un año pasó su vida inclinado sobre el simple mausoleo de la casta difunta.

Pero ¿qué dolor no se calma con el tiempo?

La tristeza reemplazó poco a poco la desesperación; a la tristeza sucedió una dulce melancolía, y por último, Julian reconquistó la serenidad que le hizo perder su violenta pesadumbre.

— Esta primavera, añadió Victoriano, fingí yo que tenía necesidad de hacer un viaje, y pedí a Julian que durante mi ausencia me reemplazara como amo de casa cuando vinieran algunas personas que esperábamos de Paris. Teníamos una prima, preciosa criatura, que había demostrado siempre cierta simpatía por mi hermano, y la suplicamos que viniera a casa contando con su belleza y buenas cualidades para borrar el recuerdo de la difunta. Adelaida amaba a Julian, lo cual quiere decir que halló fácil la tarea que la imponíamos. Se resignó al papel de confidenta para llegar a ser la consoladora del pobre afligido, y cuando seis meses despues volví yo a casa, Julian no dirigía ya sus pasos al campo santo. Hace dos meses que están casados, siendo tan dichosos, que su felicidad ha rejuvenecido a nuestra madre.

Enrique oyó estos pormenores regocijándose por ver salvado a su amigo Julian; pero en el fondo de su alma no pudo menos de exclamar:

— ¡Oh inestabilidad de los sentimientos humanos!

Esta verídica historieta contada con largos detalles por una elegante escritora, madama de Hautcœur, y de cuyo relato acabamos de extractarla, nos deja apenas espacio para decir cuatro palabras sobre el retrato del célebre artista cuyo grabado se ve en la página 197 de este número. Hace dos semanas trazamos a la ligera unos apuntes biográficos de este actor que falleció el 30 de agosto último, y hoy solo diremos que nuestro dibujante le ha representado en el último de sus papeles, el marqués de Bois-Doré, papel complicado y difícil cual ninguno. Nadie creía que Bocage, a la edad avanzada en que se encontraba saldría adelante con esta creación escénica; pero nada pudo quebrantar su valor, y a pesar de sus achaques, le desempeñó durante tres meses con una fuerza heroica, y siendo aplaudido como en los mejores tiempos de su carrera dramática.

MARIANO URRABIETA.

Padua.

FRAGMENTO DE UN VIAJE A ITALIA.

De la catedral me hice conducir al *Palazzo della Ragione*, una de las primeras curiosidades de Padua, donde se ve la sala mas grande del mundo.

Esta sala mide 300 pies de longitud por 100 de anchura, y fué construida a fines del siglo XII. El techo de tan vasta habitación fué plano al principio; pero se hundió en el siglo XIV y hubo que sustituirlo con una bóveda. Así y todo, es un prodigio de edificación.

El *Salone*, como se le llama por antonomasia, se extiende paralelamente al Ecuador, y en medio de él hay trazado un meridiano, al que baja un rayo del sol por un pequeño agujero de la bóveda a marcar a los paduanos la hora del medio día.

En torno de la sala y a media altura de sus extensas paredes, corre una balaustrada ó galería, a la que se sube por cuatro magníficas escaleras.

Este balcón facilita el estudio de las 400 pinturas que adornan los muros de tan descomunal estrado.

Dichas pinturas representan los varios destinos de la humanidad, juzgados por un criterio histórico-astro-lógico.

Yo no he visto nunca alegoría mas extravagante, mas disforme, mas incoherente y gratuita (pero grande al mismo tiempo, en medio de su locura, al modo de las aberraciones de los cuadros fantásticos del *Greco*), que aquella multitud de episodios de la vida humana, relacionados *ad libitum* con los movimientos de los astros, con la marcha de las estaciones ó con la representación mitológica de cada estrella.

Tambien es de notar en el salon el monumento de *Tito Livio*, así como su sepulcro, por mas que muchos nieguen que sean los huesos del célebre historiador los que se veneran como tales.

— ¡*Chi sa!* me dijo filosóficamente el *cicerone* cuando le pregunté su opinion en este punto.

— ¡*Quién sabe!* repito yo a mi vez.

Tal es el famosísimo *Salone* de Padua, *Forum* y *Capitolio* de la ciudad durante muchos siglos. Allí se ha administrado justicia por los *Podestá*; allí se ha reunido el consejo; allí se han celebrado elecciones; allí han dado audiencia los tiranos; allí han funcionado, en fin, todos los poderes, todas las instituciones, todas las corporaciones que han regido a Padua en sus multiplicadas vicisitudes. Hoy no pasa allí nada, absolutamente nada.

El *Palazzo della Ragione* es hoy pura y simplemente un monumento fúnebre que recuerda a los viajeros la pasada historia de la ciudad. Lo mismo sucede con el palacio de los Dux de Venecia.

Diríase que el Austria, cediendo a un pudoroso escrúpulo ó a un supersticioso respeto, no se atreve a establecer su odiada dominación sobre estos venerandos santuarios de la nacionalidad italiana.

Pues aun hay en Padua otro monumento mas augusto que el que acabamos de describir.

Tal es la iglesia de *San Antonio*, llamada comunmente EL SANTO; y van dos veces que escribimos esta palabra con tan visibles caracteres, á fin de expresar de algun modo el énfasis y la veneracion con que la pronuncian los paduanos.

La iglesia de *San Antonio*, blanca y luminosa, sin unidad de estilo, con sus ocho cúpulas, con sus capillas cuajadas de monumentos, con sus esculturas en mármol y madera, con sus antiquísimas pinturas, reúne al mismo tiempo los opuestos caracteres de una grandiosa mezquita, de un lúgubre templo gótico y de una espléndida catedral del Renacimiento.

Semejante heterodoxia artistica le sienta bien á una iglesia de pura devocion. La ingenua y candorosa piedad de los niños adorna asi la *Cruz de Mayo* con todo lo que pueda embellecerla, sin fijarse en el simbolismo de cada cosa.

¿Quién no ha reparado en esos altares y quién no los ha levantado en su niñez? En ellos colocabamos el vistoso schal de colores de nuestra hermana, las flores del jardín, el retrato de Mina y de Castaños, los anillos de nuestra madre, el busto de Napoleon, armas y brazaletes, santos y soldados, bandejas y escribanias, y un frasco de agua de rosas, traído de Argel, al lado de un salero lleno de incienso ó de pebete. Y todo era un homenaje rendido á las excelencias de la *Cruz* que se alzaba en medio de aquella mesa revuelta.

Pues asi procede siempre la devocion, y tal es el punto de vista estético de la iglesia de San Antonio de Padua.

La *Cruz* que alli se venera es el cuerpo del Santo.

La capilla que encierra su sepulcro es un prodigio de riqueza. Toda ella está revestida de mármol blanco y negro. Estatuas de bronce y preciosos bajo-relieves alusivos á la vida del Santo, adornan las paredes. En el centro se levanta el altar. Este es de verde-antico, en el cual se destacan cuatro ángeles de mármol blanco, que sostienen otros tantos candeleros de plata. Delante del altar hay dos grupos de ángeles, tambien de mármol, que son obras maestras de escultura. Cada uno de aquellos grupos sirve de base á un enorme candelabro de plata, de admirable ejecución. El candelabro de la izquierda pesa 1,607 onzas: el de la derecha 1,450. Del techo del santuario penden innumerables lámparas de plata y de alabastro, constantemente encendidas. Y en fin, por todas partes se ven ricas y piadosas ofrendas, *ex-votos*, cuadros que representan los recientes milagros del santo (diligencias volcadas, enfermedades, caídas, naufragios y otras desventuras, remediadas todas por la intercesion de san Antonio).

Detrás del altar hay una lamina de bronce que sirve de puerta á la tumba del glorioso portugués.

Yo no he visto nunca, y cuidado que he vivido en Andalucía y en Valencia, devocion semejante á la que inspira este sepulcro á los hijos del Veneciano. Yo fui á visitarlo á las dos de la tarde de un día cualquiera, y estaba rodeado de damas y caballeros, de gentes del pueblo, de niños y ancianos, que con el mayor recogimiento oraban de rodillas. Los campesinos, que habian ido á Padua al mercado ó á negocios, entraban fatigados de los quehaceres del día, con sus compras debajo del brazo, á tocar medallas y rosarios en aquella plancha de bronce; á aplicar á ella sus miembros doloridos como á una fuente de salud; á que sus hijos impusieran allí sus manos, su boca y su cabeza, á fin de que fuesen buenos de pensamiento, palabra y obra; á confiar sus penas al patrono de la comarca; á pedirle ayuda ó consejo, á darle las gracias por anteriores mercedes, ó á visitarlo, á *cumplir con él*, á llevarle expresiones de sus familias, que al despedirlos aquella mañana con direccion á la ciudad, les habian dicho indudablemente: — « Que no te vengas sin ver al Santo. »

Al lado de la iglesia está la antigua *Scuola del Santo*, que merece ser visitada, aunque no sea mas que por los muchos y muy notables frescos de Ticiano que adornan sus paredes, alusivos todos á la historia de San Antonio.

Mas no es aquel todavía el gran monumento artístico de Padua. Este hay que buscarlo en las ruinas de la antigua iglesia llamada *Madonna dell' Arena*.

La *Madonna dell' Arena* fué edificada á fines del siglo XIII sobre los cimientos de un anfiteatro romano, y de aqui su nombre. Hoy está cerrada al culto, desmantelada y ruinosa, en el fondo de un jardín de propiedad particular.

Sin embargo, pocos serán los viajeros que pasen por Padua sin ir á ver en las vacilantes paredes de aquella nave vacía los célebres frescos de Giotto. Estos frescos (ya lo he dicho) son un monumento del arte. Su fecha no baja de 1276.

Giotto es todavía el pintor ideal, genuinamente cristiano, bizantino como su maestro el griego Cimabue; pero propende ya á resucitar la belleza pagana y convertirla en expresion y forma de su teológico misticismo. Esta idea la habia heredado de su maestro, en quien era un instinto de su sangre helénica, y la legó á sus discípulos, que encontraron en el Mediodía de Italia mal apagados recuerdos de la beldad gentilica. Asi pues Giotto es, como si dijéramos, el segundo príncipe de la dinastía de Rafael, de la genealogía del renacimiento. Verdad es que hubo un día en que el ascetismo cristiano, combinandose con la hermosura humana del arte antiguo, produjo la escuela estatica, de que es lucero radioso el inimitable *Beato Angelico*; pero despues llegó Perugino, el maestro de Rafael, y la revolucion del arte siguió su rumbo. Perugino se afana por no inmolarse el

espíritu en aras de la forma; mas no intenta ni por un momento retroceder en el camino que ha adelantado el arte. Sus cuadros son una *transaccion* entre lo divino y lo humano, entre lo inmaterial y lo terreno, solo que, como el espíritu es siempre mas grande, mas noble, mas augusto que la belleza mortal, sus vividos fulgores dominan y resplandecen sobre la materia. Rafael no es ya la *transaccion*, sino la *transicion*. Su primitiva *manera* refleja todavía el genio místico de su maestro.

Esta es la época de sus Virgenes sobrehumanas, de sus rostros seraficos, de sus visiones de gloria. Mas tarde Rafael conocerá á Miguel Angel, estudiará el arte griego, se enamorará de la forma por la forma y pintará la *Trasfiguracion*. ¡La *Trasfiguracion*! en que él tambien se trasfigura; pero no convirtiéndose de hombre en Dios, como Jesus, sino trocando su intuicion de ángel por la sabiduria de hombre y olvidando la naturaleza divina para complacerse en la copia y exaltacion de la naturaleza humana.

Pero me alejo demasiado de Giotto.

Entre los frescos de la *Madonna dell' Arena* hay unos que son del mismo Giotto, y otros que se atribuyen á sus discípulos por la religiosa fidelidad con que se sigue su escuela. Los del maestro se conocen por la alta concepcion del asunto, por las sencillas actitudes de los personajes y por la ideal poesia de los rostros. Todos ellos recuerdan escenas de la vida de Jesus y de la Virgen, á excepcion de uno que cubre una pared entera (sobre la puerta de entrada), que representa el *Juicio final*.

Esta célebre pintura, anterior en tres siglos al *Juicio Final* de Miguel Angel, recordaria la *Divina Comedia* aun á aquellos que ignoraran que Dante y Giotto fueron intimos amigos; que el poeta vivió mucho tiempo en Padua en casa del artista, y que uno y otro se dieron en sus obras testimonios de amor y de estimacion. — Dante hablando de Giotto en unos sublimes versos, y Giotto retratando mas de una vez al infortunado Dante. Lo que nadie ha podido decidir hasta ahora es si la *Divina Comedia* fué inspirada por el *Juicio Final*, ó si la idea de esta pintura surgió en la mente de Giotto al oír á su amigo su inmortal poema. Como quiera que sea, todos los criticos han hallado (y yo la he hallado tambien sin ser critico) una pasmosa semejanza entre una y otra obra. En el *Juicio Final* como en la *Divina Comedia*, la concepcion es elevada, un poco abstrusa, eminentemente teológica, ó por mejor decir, escolastica, sombría como el genio bizantino, tremenda y misteriosa como aquella noche de lúgubres pesadillas que se llama la Edad-Media. En la pintura como en el poema, la disposicion del cuadro es candida y pueril, abigarrada y confusa, irracional ante las leyes de la perspectiva. Y por último, en ambas obras hay episodios y figuras de una belleza ideal, de una expresion encantadora, de un nobilísimo dibujo, en que se advierte la influencia de aquella elegancia gótica que trajeron de Oriente los cruzados. El *Juicio Final* de Giotto ostenta mas de una *Beatriz*, mas de una *Francesca*, mas de una *Pia*.

Yo no haré la descripcion detallada de aquella pintura disforme. Esto seria muy largo. Me contentaré con decir que el Padre Eterno ocupa el centro, y que de sus piés brota un rio de llamas que inunda toda la parte izquierda de la composicion.

« Allí estan, dice la *Guia de Padua*, las mujeres de mal vivir y los obispos simoniacos, todos con la bolsa en la mano... »

A la derecha se ven los elegidos, los santos, los ángeles y las virgenes.

En un lado todo es fealdad, tristeza y agonía: en el otro todo es belleza, amor y bienaventuranza.

De la *Madonna dell' Arena* me hice llevar á la iglesia de *Santa Justina* solo por ver el *Martirio* de esta santa, famosa pintura de Pablo el Veronés.

Santa Justina es un hermosísimo templo del renacimiento, que pudiera servir dignamente de catedral en una corte esplendorosa como Paris y Londres.

Lo mismo digo de otras muchas iglesias secundarias de Italia, que no tienen nombre en Europa, pero que si se alzarán en un pais en que no fuesen tan comunes las obras maestras de arquitectura, bastarian por si solas para dar nombre y lustre á las capitales que las encerraran.

Pues bien: *Santa Justina* sirve hoy de granero á los austriacos.

Ayer, cuando la ví, contendria mas de veinte mil sacos de trigo, sobre los cuales estaban tendidos, jugaban ó cantaban algunos soeces soldados, cuyas voces resonaban sarcásticamente en las altísimas cúpulas, á donde subia el humo, no del incienso, como otras veces, sino de las pipas de los tudescos.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

Inauguracion

DEL FERRO-CARRIL DE LAUSANA A FRIBURGO.

El 2 de este mes ha tenido lugar la inauguracion de una de las lineas mas pintorescas de la Suiza, y es la via férrea que pone en comunicacion Lausana con Friburgo. Una parte del trayecto de esta linea, partiendo de Lausana, se eleva rapidamente sobre el vertiente baidense del Leman y domina el litoral de ese lago soberbio: la vista se sorprende en presencia de las rocas gigantescas de la Saboya y del Valais cuya base se baña en su orilla.

Un tunel encorvado oculta súbitamente este panorama único quiza en Europa, y el viajero se encuentra de repente en medio de una naturaleza vigorosa, de montes cubiertos de vegetacion y de fértiles valles; se entra en el canton de Friburgo. Hasta la ciudad de este nombre, los puntos de vista se suceden á cada instante, y por fin aparece Friburgo con sus famosos puentes colgantes arrojados sobre el profundo cauce del Sarine. El viaducto de Grandfey, una maravilla de osadia y de proporciones, construido para el paso del ferro-carril, aumentará mas aun la reputacion de los puentes de Friburgo.

Las dificultades que ha habido que vencer sobre esta linea han sido muy grandes; para atravesar los barrancos abruptos que era imposible evitar, ha sido preciso levantar obras de arte cuyas dimensiones dejan atónito al viajero, como verbigracia, el viaducto del Pandese en obra de fabrica, y el viaducto de hierro batido del Chatelard, que reproducimos entre nuestros dibujos de las páginas siguientes.

El personal de la compañía y de la empresa es francés en gran parte, y ha tenido al frente de su direccion dos hombres de incontestable talento, M. Durbach, ingeniero de puentes y calzadas, y M. Houel, alumno de la Escuela central, ingeniero en jefe de las obras. A su mérito se debe el triunfo sobre tantos obstáculos.

Los empresarios Ladet y Alphais son los constructores de los dos viaductos.

Esta nueva linea, al mejorar notablemente las facilidades de relaciones comerciales entre la Francia y una parte de la Suiza, abrirá ancha carrera á la riqueza del canton de Friburgo. En el banquete de la inauguracion se echaron brindis celebrando la union cuyos lazos va á estrechar la nueva linea entre las ciudades de Berna, Lausana, Ginebra y Friburgo. G.

Los hechos de Aspromonte

Y LA LLEGADA DE GARIBALDI A LA SPEZZIA.

Se han publicado los partes oficiales sobre el combate de Aspromonte que produjo la derrota y captura de Garibaldi, como anunciamos ya á nuestros lectores en el último número, y en estos despachos, que por su extension no insertamos aquí, se encuentran los siguientes pormenores:

El 28 de agosto á la una de la tarde salió de Reggio el coronel marqués Pallavicino de Priola á la cabeza de una columna compuesta de cinco batallones de infantería y dos batallones de bersaglieri, el 6º y el 25º, y tomando el camino de Gallico, siguiendo la orilla del rio de este nombre, avanzó hasta dos millas de la aldea de Podargoni, donde sorprendido por la noche, hizo acampar sus tropas.

El día siguiente al amanecer se dirigió hácia San Stefano, en donde habiendo sabido que Garibaldi estaba acampado con los suyos en la meseta de Aspromonte, mandó continuar la marcha hasta corta distancia de este punto, y antes de empeñar el combate hizo que descansasen sus tropas fatigadas con la larga marcha por sendas tan escabrosas.

Garibaldi abandonaba en tanto su campamento, y tomaba posicion en la cima de una colina escarpada al Este de la meseta de Aspromonte.

El coronel Pallavicino lanzó las tropas divididas en dos columnas por las dos sendas que conducian al campamento de los insurgentes, mandada la de la derecha por el teniente coronel Parrocchia, y la de la izquierda por Eberhard, antiguo voluntario garibaldino en 1860, coronel del regimiento núm. 4.

Habiendo llegado al mismo tiempo las dos columnas á la meseta de Aspromonte y encontrando levantado el campamento, el coronel Pallavicino, despues de examinar la posicion, mandó á la columna de la izquierda que lo atacase de frente, y haciendo retroceder la de la derecha, la condujo con un movimiento rapido sobre el flanco izquierdo y la retaguardia del enemigo, haciendo ocupar por un batallon la entrada del valle para impedir que pudiera volver á la meseta.

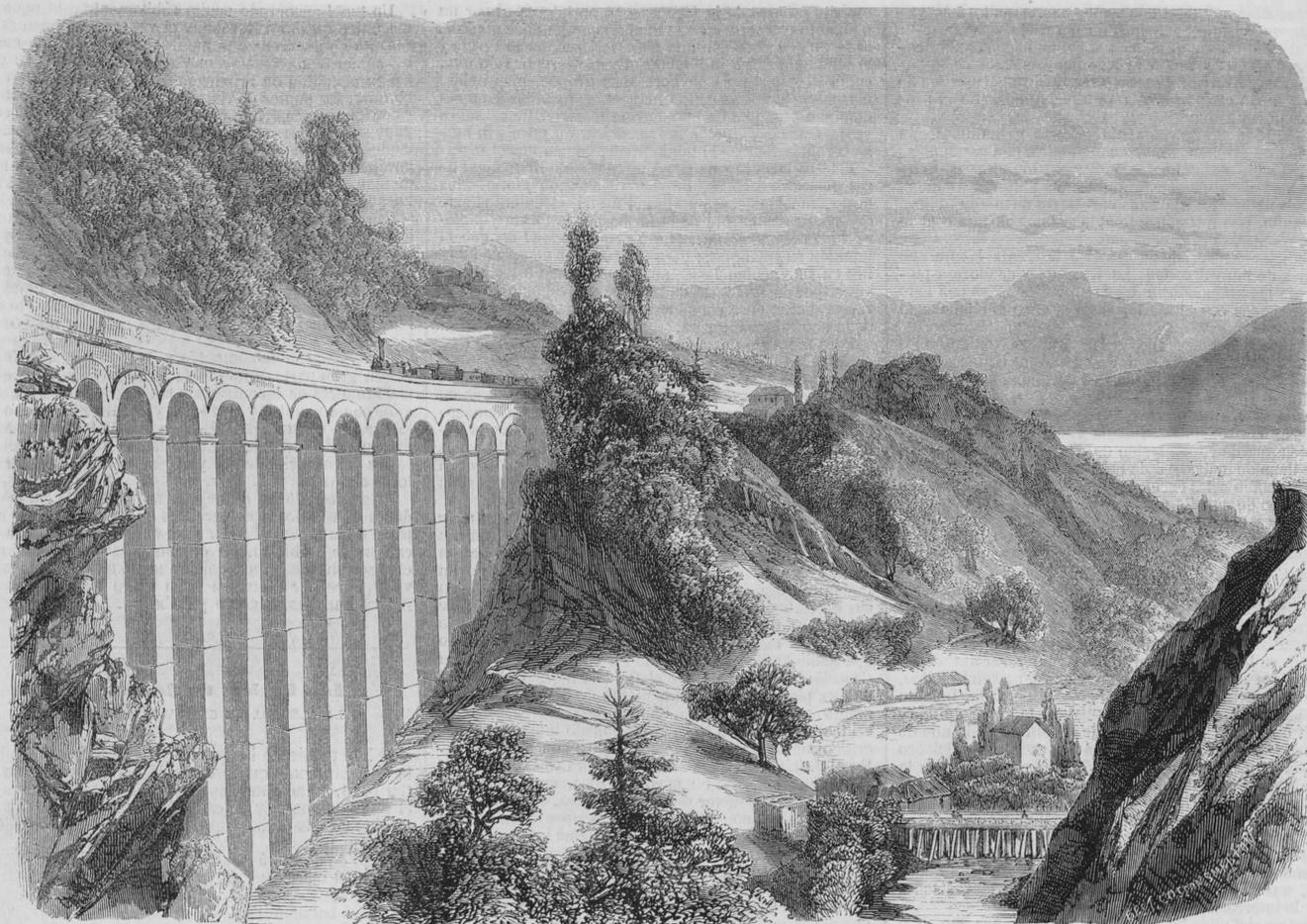
El 6º batallon de bersaglieri rompió el fuego á la cabeza de la columna de la izquierda, y la resistencia del enemigo fué en un principio enérgica. Es doloroso que se haya desplegado tanta bravura en una lucha fratricida. El fuego fué muy vivo, pero de corta duracion, y la posicion fué tomada á la bayoneta en el momento que la columna de la derecha, que habia flanqueado el ala izquierda de los garibaldinos, principiaba á atacar.

Garibaldi y su hijo, heridos ambos, estaban rodeados de voluntarios que creyendo inútil la resistencia, enarbolaron la bandera blanca.

El capitán de estado mayor agregado al mando de la columna fué á intimar la rendicion en nombre del rey á Garibaldi; pero este contestó que no se rendiria nunca, y perdiendo su sangre fria, cogió un revolver, pero afortunadamente sus compañeros le detuvieron el brazo. Garibaldi exigió sin embargo que el parlamentario fuera desarmado y hecho prisionero.

Lo mismo sucedió al comandante Giolitti, que mandaba el 6º batallon de bersaglieri, cuando se acercó á donde estaba Garibaldi á invitacion de sus voluntarios.

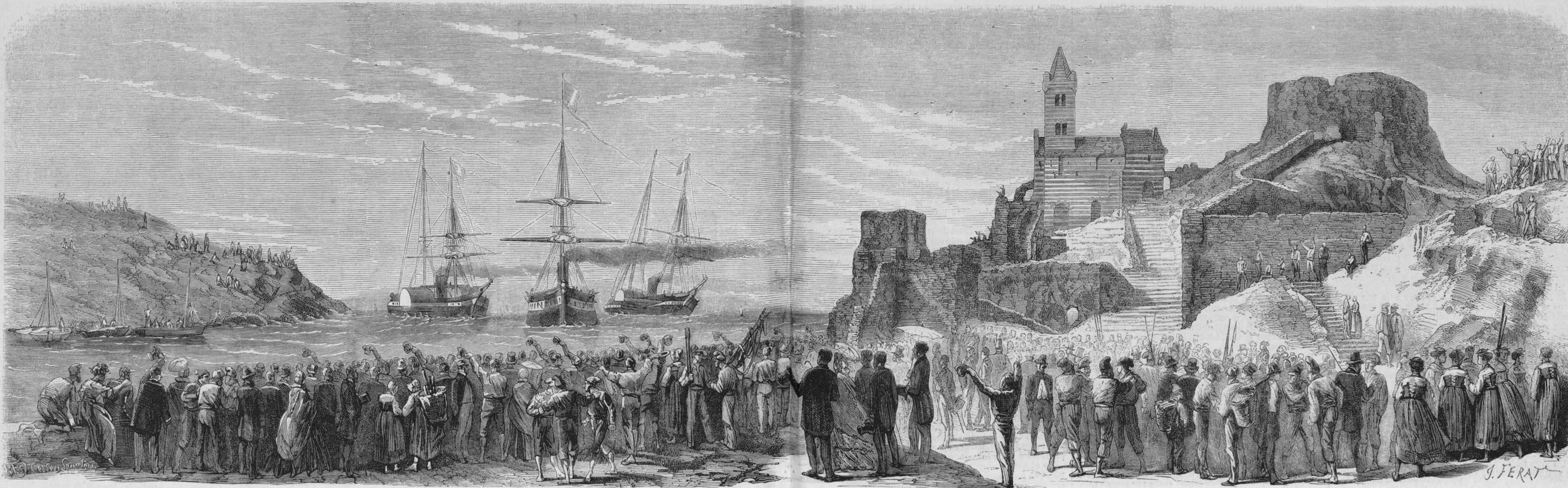
Antes que el coronel Pallavicino se presentara en persona, Garibaldi, convencido con las observaciones de los señores Nullo y Corte de la imprudencia de un proceder contrario á todas las leyes de la guerra, habia hecho restituir las espadas á los dos jefes.



El viaducto de Pandese (ferro-carril de Lausana á Friburgo).



Viaducto de hierro batido del Chatelard (ferro-carril de Lausana á Friburgo).



Llegada á la Spezia de la fragata el Duque de Génova que llevaba á bordo á Garibaldi.

Los amigos mas íntimos de Garibaldi preguntaron al coronel Pallavicino cuales serian las condiciones que dictaria, y este contestó que no tenia mas instrucciones que atacar, batir a Garibaldi y hacerle prisionero.

A la súplica de no hacer mención del combate para ocultar a la Europa el escándalo de una guerra civil, respondió que no estaba en su poder, y que difícilmente se ocultaría un hecho que habia tenido tantos testigos.

Pallavicino se presentó entonces delante de Garibaldi. Este calmó su cólera, dijo con un ademán que se adhería a las condiciones que se proponían, y pidió únicamente que se le dejase embarcar en un buque inglés para expatriarse.

Pallavicino le prometió que lo consultaría con su gobierno.

Preguntándole despues Garibaldi qué harían de los prisioneros, Pallavicino contestó que ignoraba las intenciones del ministerio, pero que segun su opinion personal, suponía que tal vez se les pondría muy pronto en libertad.

La noche del 29 se pasó en la *cascina* llamada de la *Marchesina*. El dia siguiente se dirigieron a Scilla, donde Pallavicino, que habia precedido a todos los demas, comunicó a Garibaldi que la voluntad del gobierno era que él y todos los suyos fuesen embarcados para la Spezia con objeto de ser internados.

Garibaldi acusó entonces al coronel Pallavicino de no haber cumplido las dos promesas que le habia hecho, esto es, la de dejarle embarcar en un buque inglés, y la de poner en libertad a los prisioneros, sin acordarse que a la primera peticion solo le habia prometido consultarla con el gobierno, y que sobre la segunda solo habia manifestado una simple opinion personal.

Durante todo el trayecto Garibaldi guardó el mas profundo silencio, que solo rompió en Scilla para dirigir al pueblo estas palabras: «¿Ya no conocéis a vuestro general?» El pueblo no se conmovió.

Habiendo preguntado Pallavicino a algunos prisioneros porque habian seguido a Garibaldi despues del manifiesto del rey, casi todos respondieron que no tenían noticia de este manifiesto.

Se sabe que Nicotera, Missori y Miceli habian abandonado el dia 28 el campamento garibaldino. ¿Por qué motivo? Se ignora.

En los partes oficiales que han servido de guía a este relato se hace mención por su inteligencia, su actividad y su valor del coronel Eberhard, del teniente coronel Parrocchia y de los comandantes Giolitti y Cardichio, los cuales durante el combate ayudaron al coronel Pallavicino a hacer cesar desde su origen esta calamidad tan amenazadora para la Italia.

Las pérdidas por ambas partes ascienden a 12 muertos y 200 heridos.

Hasta aquí el resumen de los partes oficiales: ahora creemos de interés las siguientes noticias que leemos en la *Gaceta oficial del reino de Italia*:

«La noticia de los hechos de Aspromonte llegó al ministerio de la Guerra en la noche del 29 al 30 de agosto, y sin cuidarse de otra cosa, la primera disposicion tomada por el ministerio aquella noche, fué enviar un telegrama al coronel Pallavicino mandándole que ante todo prestara los cuidados que exigiera la herida de Garibaldi, con todas las consideraciones debidas a su persona.

El general Garibaldi partió el 30 a bordo del *Duque de Genova* para la Spezia, donde el comandante de ingenieros se apresuraba a preparar para él el fuerte de Santa Maria, en tanto que se disponían los demas locales para los otros prisioneros.

El ministerio prescribía al mismo tiempo que todos los prisioneros fuesen tratados con humanidad, añadiendo que «entre los individuos presos habia personas que por su posicion social estaban acostumbradas a las comodidades de la vida, y que el ministerio deseaba que estos, en cuanto fuera posible, se separasen de los demas y fuesen mejor hospedados, permitiéndoseles ademas, si lo pedían, que pudiesen pagando proporcionar un alimento arreglado a sus hábitos.»

En cuanto a Garibaldi se dieron las siguientes instrucciones: «El general Garibaldi y las personas a quienes el gobierno permita habitar con él, deberán ser tratados con las mayores consideraciones y colocados en aposentos decentemente amueblados, y se tendrá un servicio de mesa conveniente, todo esto por cuenta del ministerio de la Guerra.»

El *Duque de Genova* llegó a Spezia a la una de la tarde el 1º de setiembre, y como habia en el fuerte de Santa Maria un depósito de pólvora de la marina que debia ser trasladado, esta operacion causó un retardo, porque no estaba aun preparada la habitacion que se destinaba a Garibaldi.

Para evitar al herido todo género de molestias se creyó oportuno decidir que se quedara a bordo, porque su habitacion no estaria dispuesta para recibirle hasta dos dias despues.

Se ha dicho que se habia negado a Garibaldi toda comunicacion y que ni siquiera se le permitió recibir la visita de sus amigos; pero esto es falso, porque el ministerio concedió a muchas personas el permiso de habitar con él, entre otras a sus hijos, a su yerno, a M. Cauzis, al caballero Deideri y su esposa y a madama Schwabe.

Un gran número de personas han obtenido el permiso de visitarle, y bastara citar al general Turr, al general Bixio, a Augusto Vecchi, al marqués Giorgio Pallavicino y su esposa, etc. Es verdad que no se ha permitido entrar a ver a Garibaldi a todos los médicos no llamados

y a todas las personas desconocidas que se han presentado; pero el mismo Garibaldi, ocupado en los cuidados que exige su herida, dijo al coronel Santa Rosa que queria ser severo, pues no podia negarse a recibir a los que deseaban verle, pero que le fatigaba el excesivo número de los que le visitaban.

El ministerio de la Guerra, sobre quien recae la responsabilidad de las medidas que se han tomado, está en la conviccion de haber conciliado todas las medidas de humanidad con las precauciones que deben emplearse con una persona que está bajo la accion de un proceso.

La *Gaceta de Turin* del 4 ha dicho que el almirante francés ofreció al general Lamarmora un auxilio de 20,000 hombres. Podemos asegurar que el almirante francés no ha dicho una sola palabra que pudiera dar el menor fundamento para este aserto, y por lo tanto es completamente falso lo que ha conluido la *Gaceta de Turin*.

Garibaldi manifestó el 2 de setiembre el deseo de embarcarse, é inmediatamente se mandó que le trasladasen a Varignano, donde se le dió el pabellon del gobernador, prescribiendo al teniente coronel jefe de las tropas de la guarnicion «que cuidara de la instalacion de Garibaldi, y se le renovaron las recomendaciones para que fuese tratado con todos los miramientos debidos a su persona y a su estado de herido.»

Tal vez sucedió que en el primer momento no se encontraran los medicamentos necesarios y que se careciese de algunos objetos indispensables para la salud de Garibaldi; pero en circunstancias imprevistas nadie podrá hacer recaer de buena fe la responsabilidad en el ministerio, que sin dilacion, desde el 1º de setiembre, habia dado orden para que se hiciesen preparativos en la Spezia, ciudad la mas inmediata, y habia enviado allí el 2 al coronel Santa Rosa y un funcionario de la intendencia militar con los mas amplios poderes.

Si se tiene en cuenta la dificultad de las comunicaciones, se han satisfecho en breve tiempo todas las exigencias, y creemos que el mismo Garibaldi estará complacido tanto del coronel Pallavicino, como del comandante del *Duque de Genova* y las autoridades de la Spezia.

Se ha dicho que se ejercía con los prisioneros una vigilancia excesiva y dura, pero nada prueba tanto por el contrario que las autoridades han sido complacientes mas que severas, como el que Garibaldi y sus compañeros hayan podido escribir cartas que se han permitido publicar en los periódicos.»

Cuentos de Carlos Dickens.

RECUERDOS DE UN NIÑO PERDIDO.

(Continuacion.)

Mientras me felicitaba de haber inventado tan hermoso nombre, Buena-Suerte comenzó a ladrar con bastante furia.

—¿No te da vergüenza? le dije.
Y él sin hacer caso continuó ladrando a mas y mejor. Con el hocico húmedo, los ojos brillantes y torciendo la cabeza, dió dos ó tres vueltas sobre sí mismo con aire de amenaza, y de repente se lanzó sobre la salchicha que me arrancó de la mano para fugar con ella. Y lo peor es que no volvió para ayudarme a buscar fortuna.

Desde aquel instante hasta hoy (tengo cuarenta años) no he vuelto a ver a mi fiel Buena-Suerte.

Muy triste me quedé no tanto por la pérdida de la salchicha, aunque era exquisita (entonces ignoraba todo lo que dicen contra las salchichas alemanas que estan hechas con carne de caballo cargada de especias), sino por la cruel decepcion que me imponía Buena-Suerte, pues habia contado con que seria para mí un amigo al que solo le faltaria la palabra, y que quizá tambien... ¡Oh! sí, terrible fué el desengaño que me hizo llorar de nuevo, y aun comencé a sentir que la señora de mis pensamientos no se hubiese perdido conmigo. Al menos no habria estado solo... pero reflexioné que ella no podria alistarse en el ejército de tambor, si yo me veía reducido a tal extremidad, y enjugué mis lagrimas mientras comía mi pan seco.

Concluido el mendrugo, salí de Guildhall y encontré una lechera a quien compré un penique de leche, y fortalecido con este complemento de comida, me puse a dar vueltas por la Cité, buscando fortuna a imitacion de Whittington.

Os aseguro que cuando en el dia voy a la Cité, me da mucha pena mi saber, y a la verdad me avergüenza hallarme tan pérfidamente instruido.

Errando por la Cité como un chico perdido, pensaba yo que me hallaba en medio de los mercaderes ingleses y de los futuros corregidores. Esta idea me llenaba de veneracion. Hoy me sonrío al ver la librea sagrada de la municipalidad de Lóndres, y me indigno contra la corporacion de los aldermen, que considero como una de las peores farsas del régimen actual. Entonces ignoraba el perpétuo desengaño de los que van a la Cité, ya para citas de negocios, ya para cobrar dinero; ignoraba la historia de ese maravilloso amigo existente en la Cité, ese amigo que debe hacer tantas cosas por tantas personas, proporcionar un empleo a este y otro a aquel; arreglar las cuentas de los acreedores, etc., etc., ó que

se halla siempre a punto de ser nombrado director de una empresa por acciones, ó miembro influyente del comité de una compañía de seguros.

¿Cómo habria podido saber yo que ese precioso amigo no es mas que el intermediario de esos arabes ó esos judios que se encuentran en todas las carreras de caballos, y que jamas pueden descontar todo el importe de un pagaré, pero que tienen siempre alguna pieza de rico vino de Jerez, un neceser de tocador y una Venus del Ticiano para completar la suma? ¿Dónde habria aprendido yo a desconfiar de sus confianzas y a guardar el secreto de las mias? ¿Quién me le habria denunciado como un tiburon de tierra firme ó un farsante, que vive de la escasez de numerario, de la baja de los fondos públicos, de la exportacion del oro y de la carestia de los cereales? ¿Podía yo tener la menor idea de lo que era el renuevo de una letra de cambio, el dividendo de una quiebra, los billetes de circulacion y otros mitos de la Cité?

No, seguramente; la Cité era para mí un vasto depósito de piedras preciosas y de barras de metales, de vinos exquisitos en barricas, de pacas de algodón, de frutos y especias de la India, — y de la generosidad y la honra comercial. Todo mercader y todo banquero era para mí un compuesto de M. Fitzwaren, el primer protector de Whittington, y de Sinbad el marino. Cuando el viento era bueno para Africa, y el capitán anunciaba su salida a sus armadores, creía yo que la casa Smith, Payne y Smith reunía ordinariamente a todos sus dependientes y criados (sin exceptuar a la cocinera gruñona de la balada), y les invitaba a que presentaran su pacotilla. Glyn, Halifax y compañía habian corrido personalmente grandes peligros en el valle de los Diamantes. Baring hermanos habian viajado con las caravanas; Rothschild habia principiado su fortuna vendiendo al pormenor ricas telas en el bazar de Bagdad, y se habia enamorado de él una señora velada del haren de S. A. el califa.

De este modo viajaba yo al través de la Cité como un niño en sus sueños, admirando a los mercaderes ingleses é inspirado por una fe robusta en el mundo de las maravillas. Pasé todo el dia con mis ilusiones cruzando de square en square, de calle en calle, de pasaje en pasaje, echando una mirada furtiva por la puerta de los almacenes, y dando despues una carrera; asomándome con timidez al patio del hotel del Mar del Sur, deteniéndome en la abadia de los Viejos Agustinos, viendo por todas partes comerciantes ingleses, y parandome a examinar las muestras de todas las tiendas.

Componíame yo una historia explicativa de cada lugar y creía en ella firmemente; recuerdo, para poner un ejemplo, que cuando penetré en la Bolsa, y vi aquellos hombres mal vestidos que se reúnen por lo comun debajo del cuadro del movimiento de los puertos, me persuadí que eran avaros que habian embarcado todos sus bienes para ir a comprar polvo de oro ú otra mercancía preciosa, y que esperaban al capitán de su buque, quien debia venir a decirles que era hora de llegar a bordo, pues se iba a dar a la vela. Observé que todos ellos masticaban galleta, y me dije que seria sin duda para evitar el mareo.

El caso es que estaba haciendo yo un viaje verdaderamente delicioso, mas sin embargo, no produjo resultado alguno que estuviese de acuerdo con el precedente de Whittington.

Preparaban una gran comida en el palacio del lord corregidor; y cuando al través de las ventanas de la cocina vi a los cocineros junto a sus hornillos, cada cual con su gorro blanco, sentí palpar mi corazón con la esperanza secreta de que el lord corregidor, su señora ó alguna de sus niñas me vería desde un balcón del primer piso, y enviarían a un criado con librea para convidarme a entrar.

No sucedió nada de esto; yo no me cansaba de mirar, cuando uno de los cocineros me gritó:

—¿Quieres largarte de ahí, chiquillo?

Apóstrofe que me dió tanto miedo por causa de las negras patillas del que le pronunció, que no esperé a que le repitiera.

En seguida pasé al hotel de la Compañía de las Indias, y para saber lo que era este edificio me dirigí a un muchacho que tendria mi edad, quien antes de responderme me hizo un gesto, me tiró de los pelos y se condujo con una descortesía de las mas groseras.

Sin embargo, el mismo director, sir James Hogg, habria podido estar contento con mi respeto hacia la compañía de las Indias; yo no dudaba que fuera aquel el establecimiento mas sorprendente del universo, el mas magnanimo, el mas incorruptible, el mas desinteresado y extraordinario. Sabia cuan sagrado es un juramento, y habria jurado que la Compañía era tan pura como el oro que sale del crisol.

Mientras pensaba en los hijos segundos de las casas que van a la India y que inmediatamente, sin marearse, fuman en una larga pipa que se arrolla y se desarrolla como una serpiente y remata en una hermosa vasija de cristal, me puse a contemplar las tiendas donde se compra lo necesario para emprender el viaje ultramarino. Allí lei la lista de los artículos que son indispensables para un joven que va a Madras ó a Calcuta, y viendo que hacian falta unas pistolas, no pude menos de pensar en la felicidad que les está reservada a esos hijos predilectos de la fortuna.

No obstante, ningun mercader inglés me parecia dispuesto a tomarme en su casa. Solo debo exceptuar un desollador de chimeneas que me contempló con un aire que parecia significar:

—¡Ese muchacho haría un buen aprendiz!...

Pero yo eché á correr temiendo que me cogiera.

Mucho me hicieron rabiar los pilluelos de la Cité; me perseguían en los pasajes, me arrinconaban en el dintel de las puertas, y se conducían conmigo como salvajes, aunque yo estoy bien seguro de no haber provocado a ninguno de ellos. Uno de estos tunantes sacó un lapiz de su bolsillo, me quitó mi sombrero de fieltro blanco y escribió en él el nombre y las señas de su madre, según él dijo: «Mistress Blore, calle de la Pata de Palo, barrio de la Mazorca de tabaco, en Wapping.»

Por mas que hice no pude borrar este letrero.

Este último insulto me decidió a entrar en uno de los cementerios de las iglesias, entonces mas comunes en Londres que en el día; me senté en una tumba, y experimenté un acceso de tristeza, durante el cual deseé ser enterrado allí con el objeto de mis afecciones.

Pero otro sueñecito, un pastelillo que compré y un grande anuncio ilustrado me devolvieron mi valor con toda mi curiosidad.

Debíame yo encontrar en el barrio de Goodman-Fields ó en sus cercanías, cuando el cuadro en cuestion se me ofreció á los ojos.

El artista habia figurado en él la escena principal de una pieza que se representaba en un teatrillo que hoy ya no existe. Resolví acabar el día con una diversion teatral.

— Parece ser, me dije, que debo renunciar á visitar á Whittington. Concluida la funcion preguntaré el camino de los cuarteles, llamaré á la puerta y me alistaré de tambor.

Habíame dicho que de día y de noche habia detrás de la puerta de los cuarteles un soldado reclutador con un chelín en una mano para todo chico que atraído allí por cualquier medio que fuera aceptase esa prenda de su enganche. Una vez alistado como tambor ya no podia retirarse, á menos que el padre no le rescatara pagando 400 libras; me lo habian dicho, y yo lo creia como tantas otras cosas.

No sabia describir exactamente la fachada del teatro; lo único que recuerdo es que habian adornado el frontispicio con iniciales que significaban Jorge Rey, pintadas de amarillo.

Un monton de gente estaba esperando; yo tomé turno esperando como los demas á que se abrieran las puertas de la galeria.

La mayor parte de aquellos curiosos se componia de marineros y gente mas vulgar aun, cuya conversacion tenia muy poco de decente; pero por fortuna yo comprendia muy pocas de las malas expresiones que empleaban, y así es que pude desafiar impunemente su funesta influencia. Muchas veces me he preguntado despues si se necesitaria mucho tiempo para corromper y depravar en una sociedad semejante á un jóven eriado como yo y de tanta inocencia.

Cuántas veces veía que fijaban la atencion en mi diminuto individuo, yo hacia como que buscaba con los ojos á alguna persona de quien me hallaba separado momentaneamente, y me sonreía ó hacia señas de inteligencia á aquel protector imaginario. Esto me salió bien en la entrada, y dentro del teatro.

Tenia mi moneda de seis peniques en la mano para pagar mi billete, y cuando las puertas se abrieron me sentí arrastrado como una paja por la corriente. Procuré imitar al que me precedía, y de este modo, una vez tomado mi billete, me encontré en la escalera interior que conduce á la galeria, donde estuve á punto de retroceder al entrar, pues habia poca gente aun, y creí que iba á caer de cabeza al patio que parecia un golfo abierto. Por instinto me agarré á un banco; pero un buen panadero y su mujer que me tuvieron lastima me alargaron la mano, y con su ayuda me coloqué en uno de los ángulos de la primera fila.

El panadero estaba muy enamorado de su jóven esposa, á quien prodigaba mil atenciones. Yo me hallaba perfectamente instalado. Gracias al cartel y á lo que habia oido contar mientras esperaba que se abriese el despacho, sabia ya poco mas ó menos lo que iba á ver cuando se alzara el telon, y este conocimiento anticipado me causó una horrible inquietud que debo explicar.

Era una funcion á beneficio del gracioso de la compañía, un hombrecillo regordete, de cabeza abultada, y que salia con el sombrero mas grotesco que puede imaginarse...

Para amenizar la funcion, este gracioso habia anunciado que cantaria una cancion grotesta montado en un pollino, y que despues de haber cantado rifaria el burro. Cada billete de patio y de galeria tenia un número para la rifa. Yo al pagar mis seis peniques habia recibido el número 47, de modo que si salia este número á mi me caía el burro. Ahora bien, esta perspectiva me causaba una transpiracion febril: ¿qué haria si ganaba?

Ya habia enseñado mi número 47 al panadero, de manera que no podria disimular mi buena fortuna, aun cuando mi apuro y mi confusion no me descubrieran. Temblaba viéndome de antemano proclamado vencedor, y luego llamado á la escena y condenado á tomar posesion del borrico.

¡Qué gritos daría la gente al ver á un muchachillo como yo! Y despues, ¿cómo conduciría yo al animal, que seguramente no querría dar un paso? ¿Y si rebuznaba? ¿Y si se ponía á dar coces? Veíame ya montado y el animal firme que firme en no querer andar arrimado á la puerta del teatro.

Mas aun; suponiendo que consintiera en andar ¿qué haria yo de él? ¿á qué cuadro le llevaria? ¿cómo alimentarle? Bastante tenia yo con estar perdido, ¿pero estarlo con un asno?... Era una calamidad que me espantaba...

Esta preocupacion me impidió divertirme con la primera pieza; y sin embargo, ¡qué pieza tan magnífica! ¡Un drama marítimo!... La mar en el escenario, la mar con un navio de guerra, un navio verdadero, como decia el cartel. ¡Las olas se movian que daban miedo! ¡Qué espectáculo tan imponente! Si yo hubiese podido olvidar la rifa, ¿cómo habria participado del terror de la tempestad con los marineros! Pero el terror del asno se hacia superior á todo en mi imaginacion.

Aquellos valientes se hallaban en una agitacion incesante armados de bocinas para pedir socorro y de telescopios para ver si llegaban los auxilios. El navio se hallaba en realidad en mucho peligro, tanto mas cuanto que recelaba yo que era un traidor el piloto, pues le vi arrancar con sus propias manos el palo mayor gritando:

— ¡Estamos perdidos! ¡á la balsa, á la balsa! ¡el rayo ha quebrado el palo mayor!

Y habia sido él quien le habia arrojado al agua. En aquel infortunado buque habia un marinero bueno y otro malo: el buen marinero era bueno en verdad y acababa por ser dichoso; y el malo era muy malo y concluia por precipitarse en el Océano desde lo alto de un peñon que se parecia mucho á una escalera... yo temblaba y lloraba á cada peripecia de la catastrofe, pero siempre veía al burro á través de mis lagrimas.

Llegó el momento en que los violines de la orquesta tocaron el aire de la cancion burlesca, y el temido borrico acabadito de herrar, como lo adiviné por el ruido que metia sobre el tablado, apareció con el gracioso á cuestas. Estaba muy adornado de cintas (hablo del borrico); mas como persistiera en volver la cola á los espectadores, el cómico se apeó, volvió á montar al revés para darnos la cara, y cantó tres veces su cancion, siendo aplaudido con entusiasmo.

Mi ansiedad estaba lejos de calmarse, y al fin llegó á su colmo cuando dijeron á dos hombres del patio, manchados con el lodo de las calles, que subieran á vigilar el sorteo. Mientras todo el mundo los saludaba con una carejada, yo habria deseado poderles decir:

— Por Dios, no saqueis el número 47, compadeceos de un desgraciado.

Pero en breve salí de mi apuro; pues al anunciar el número favorecido, respondió un individuo sentado detrás de mí con chaqueta de lana y corbata amarilla, que antes de que estallara la tempestad se habia comido dos lenguados fritos, y llevaba los bolsillos llenos de avellanas.

Al punto se abrió calle y fué á tomar posesion de su lote; este individuo habia parecido reconocer al asno desde su entrada en escena, y se habia interesado particularmente en su papel y aun le animaba á media voz diciéndole:

— ¡Atencion, amigo Moke! Yo le oia perfectamente, colocado como él estaba con la cabeza inclinada sobre mi oido.

Sospecho que tambien estaba de acuerdo con el asno cuando este le arrojó al suelo al querer montarle por la primera vez, lo que excitó una hilaridad universal en la que yo tomé mi parte.

Despues de esta jugarreta el animal se dejó llevar dócilmente, y su dueño volvió á sentarse durante el entreacto en su banco de la galeria para acabar de ver la funcion.

Con el ánimo sereno yo disfruté gozoso de todo lo que siguió, canciones y baile; pues hubo un baile en el cual figuraron mujeres unas encadenadas, otras coronadas de rosas, y entre ellas una criatura divina, que casi me hizo olvidar á la señora de mis pensamientos.

En la pieza final volvió á salir vestida de muchacho. Este muchacho tenia muchos enemigos y muchos defensores que se daban por ella los mas reñidos combates.

Creo recordar que un viejo baron queria ahogarla y que se lo impidieron cuatro veces, la primera el gracioso, la segunda un espectro, la tercera un perro de Teranova, y la cuarta el sonido de una campana.

(Se continuará.)

Fábrica de refinó

DE MM. EMILIO Y GUSTAVO ETIENNE EN NANTES.

A principios de este siglo se conceptuaba que el azúcar de Orleans era el mejor de Francia, de manera que con el nombre de *azúcar imperial* reinaba soberanamente en todas las casas principales. En Tullerías no se conoce otra clase. Hoy Orleans no tiene ya refinós, y Nantes ha venido á ser la cabeza de la fabricacion de los azúcares. Marsella posee sin embargo, grandes establecimientos, y sus expediciones son superiores en la cifra á las de la ciudad bretona; pero los marseleses se contentan con entregar al consumo y á la exportacion masas inmensas, sin tratar de perfeccionar sus productos, tanto que en cuanto á calidad ellos mismos reconocen que su marca es inferior á la de los nanteses. Ahora bien, la casa que ha dado á este ramo poderoso de la industria de Nantes un impulso decisivo es precisamente la que dirigen MM. Emilio y Gustavo Etienne.

Hé aquí la compendiada historia de este establecimiento:

Se fundó en 1815 por M. Luis Say, y en esta época en que el refinó estaba aun en la infancia, Nantes contaba doce fabricas, ó mejor dicho doce laboratorios, que reunidos podian fabricar un millon de kilogramos de azúcar cada año. Pero de 1825 á 1830 la produccion de azúcar hizo grandes progresos; el consumo se generalizó y los establecimientos nanteses pudieron dar al mercado 7 millones de kilos, de los cuales suministraba mas de un millon la casa Etienne y Say. Era ya el establecimiento mas considerable de la comarca; y no obstante su desarrollo se prosigue y se acelera al propio tiempo que progresa rápidamente la industria azucarera de Nantes. La aplicacion del vapor hace sentir sus beneficios; los antiguos aparatos de fuego desnudo son reemplazados por los aparatos de cocer en el vacío, inventados por Degrand y corregidos por Derosne y Cail; la matutencion se mejora simplificandose, la marca se difunde y se consolida, nuevas salidas provocan la actividad de MM. Etienne y Say, y el establecimiento de estos inteligentes industriales que desde 1840 produce 2 millones 500 mil kilos, aumenta incesantemente la extension de sus relaciones y la importancia de su fabricacion. Así pues, en el día, de la fabricacion anual de Nantes que asciende á 60 millones, la casa Etienne figura por la cifra de 25 millones. Mucho hemos adelantado desde el millon de 1825. Es verdad que entonces unos treinta obreros bastaban para cubrir las necesidades de la fabrica, en tanto que hoy trabajan en ella mas de cuatrocientos.

Sin embargo como consecuencia natural de este incremento, el refinó nantés no debia ya limitarse á los mercados franceses; en el día le estan abiertos los de Italia y Suiza, y podemos añadir que se ha apoderado de ellos casi enteramente, gracias á la superioridad de sus productos, contribuyendo y no poco á este resultado la casa Etienne. En efecto, dotado de un verdadero espíritu de rectitud, de firmeza y de iniciativa, M. J. B. Etienne ha mejorado constantemente la industria á que se dedica, y se debe en gran parte á su perseverancia que una clase numerosa de operarios obtenga un trabajo bien retribuido; que la marina posea elementos de prosperidad, el comercio transacciones provechosas, y la ciudad una gran fuente de riquezas.

Para el que quiera saber qué beneficio encuentra el consumidor en estos progresos del refinó, hé aquí algunas cifras exactísimas: en 1828 el precio del azúcar bruto era de 136 á 138 fr. los 100 kilos, y los refinados se vendian á 234, ó sea una diferencia de 96 á 98 fr. para la fabricacion. En el día la diferencia entre el azúcar bruto y el refinado es solo de 35 fr.; el azúcar refinado no vale mas de 135 fr., es decir, que está mas barato que el azúcar bruto en 1828.

En 1861, con motivo de la exposicion nacional de Nantes, M. J. B. Etienne ha sido nombrado caballero de la Legión de Honor, y los productos de MM. Emilio y Gustavo Etienne han obtenido la medalla de oro de honor.

O. M.

Fábricas de vidrio

DE LA COMPAÑIA GENERAL DEL LOIRA Y DEL RODANO.

Hace ya algunos años las fabricas de cristales de estos departamentos se han reunido en una sola compañía general, que prospera mas cada día bajo la entendida direccion de M. Carlos Raabe. Parécenos curioso estudiar aquí en los detalles de fabricacion los perfeccionamientos y las mejoras introducidas en este ramo de industria por M. Raabe, y para ello nos haremos cargo de las diversas fabricaciones de la compañía que pueden dividirse en tres clases: 1º la fabricacion de botellas; 2º la fabricacion de vidrios de colores, y 3º la fabricacion de productos diversos.

I. — LA FABRICACION DE BOTELLAS.

Esta fabricacion puede dividirse en cinco partes: la preparacion de los crisoles, el establecimiento de los hornos, el modo de calentarlos, la composicion de las cargas, y la fabricacion propiamente dicha.

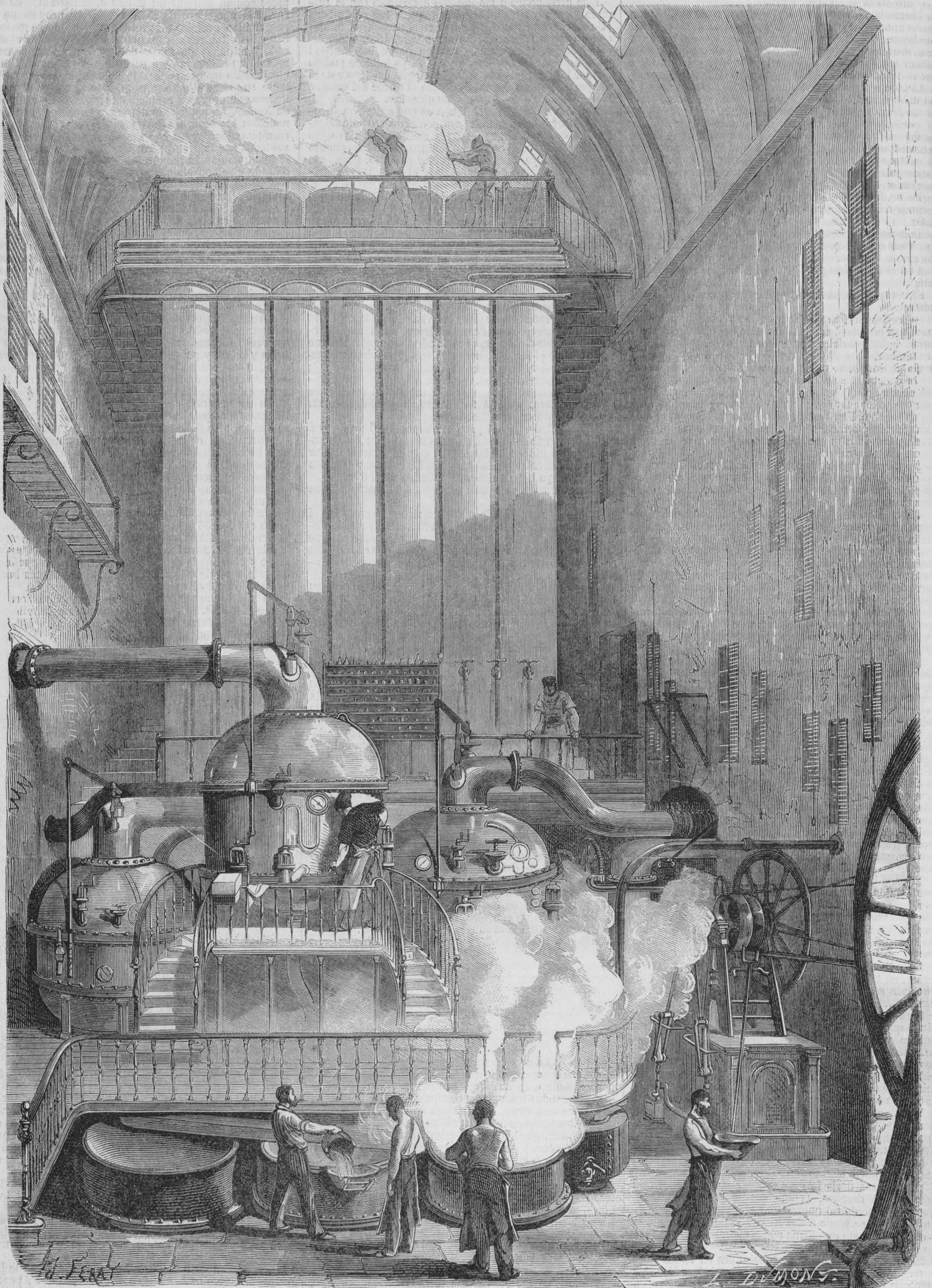
La preparacion de los crisoles exige el mayor cuidado, pues ningun medio mecanico ha podido reemplazar hasta hoy su ejecucion á mano. Se hacen con tierra refractaria de boleno y con restos de crisoles limpios de las partes vitrosas adherentes á ellos. Los crisoles bien secos y calentados duran de 25 á 30 días. Es preciso que un crisol resista á la presion y á la accion quimica de la masa fundida sobre las paredes, y sobre todo á los movimientos de dilatacion.

La composicion de las cargas destinadas á formar el vidrio contiene tres sustancias principales, arena, carbonato de cal y sal marina. Los que estan cargados de hierro producen el vidrio negro, los que no lo estan producen el vidrio claro, y la mezcla de las dos clases produce el vidrio mixto (verbigracia, el de las botellas de vino de Champaña).

La fabricacion propiamente dicha se divide en cuatro periodos: la carga, la fundicion, el tise-frio y el trabajo.

Cuando la mezcla está fritada la sacan de las arcas del horno y cargan con ella los crisoles hasta los bordes. Esta operacion dura de veinte á veinte y cinco minutos.

La fundicion dura de doce á trece horas, durante las cuales se mantiene la temperatura al rojo vivo. Al cabo de tres horas la mezcla esta ya en plena fusion. Su volumen se reduce entonces considerablemente, y en



Fabrica de refino de MM. Emilio y Gustavo Etienne en Nantes.

ese momento se acaba de cargar la mezcla. Dos horas antes del fin de la fundición, como el volumen disminuye, se completan los crisoles con *calcin* ó restos de vidrio.

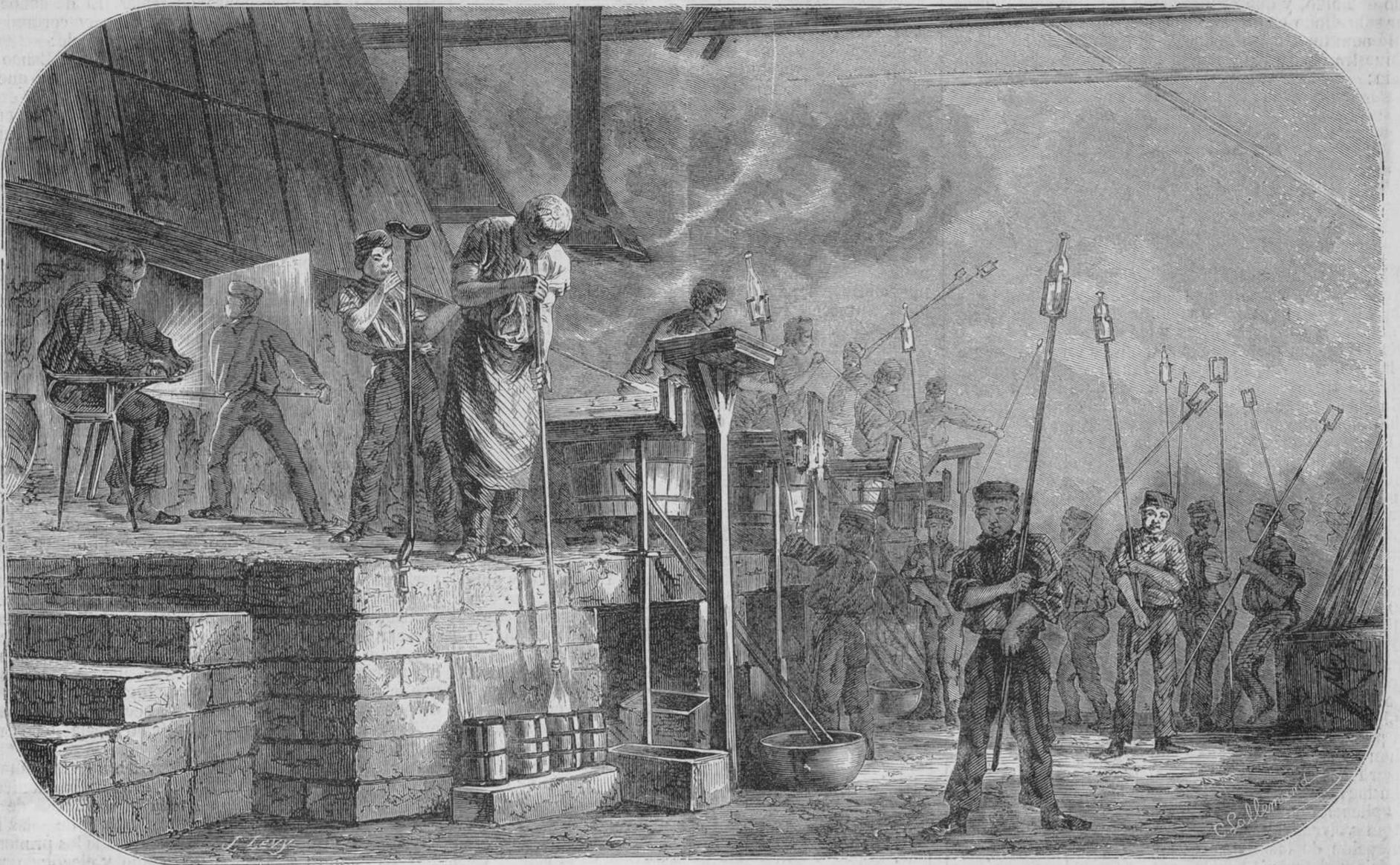
Llegamos al tercer punto de la fabricación, al *tise-frio*. Llamamos así el periodo de hora y media que sucede á la fabricación, y durante el cual bajo la temperatura de los hornos, la mezcla se posa, las materias en fusión se colocan por orden de densidad, el vidrio toma homogeneidad y se afina. Después se quitan las grasas que sobrenadan en la superficie del baño.

El último punto de la fabricación es el *trabajo* propiamente dicho, que dura de ocho a diez horas, y durante el cual la temperatura se mantiene al rojo claro y el

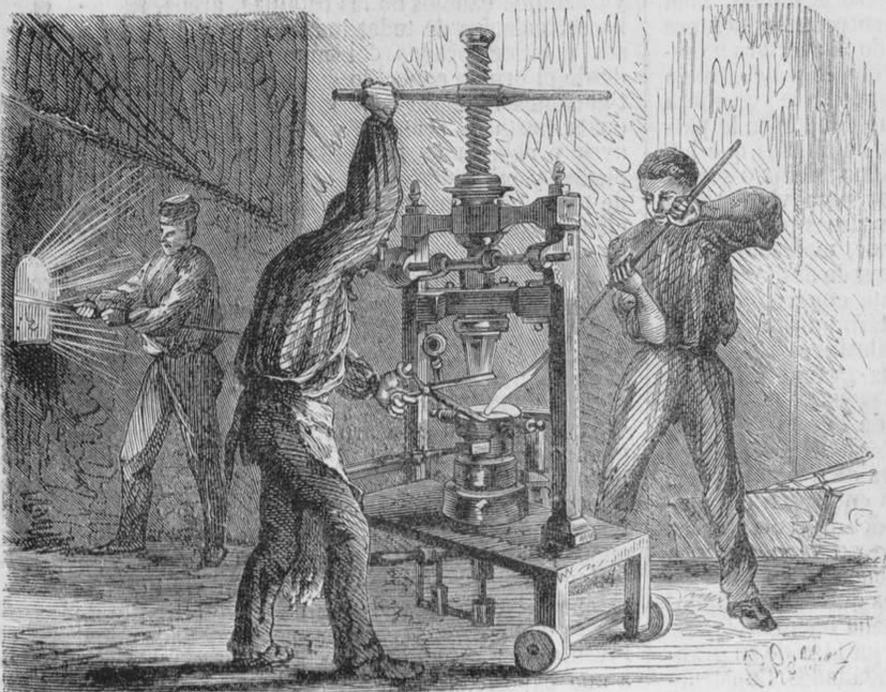


FABRICA DE VIDRIO DEL LOIRA, de MM. C. Raabe y comp. — Talleres del sopleo del vidrio.

vidrio conserva la consistencia pastosa que le hace falta. A cada crisol corresponde una *plaza* ocupada por un puesto de tres individuos: un operario soplador, un mozo y un muchacho. Este coge el vidrio y el mozo prepara la forma; el operario sopla la botella introduciéndola en un molde (véase el dibujo), la suelta sobre una plataforma que tiene el fondo en un recipiente de varas de hierro. Luego forma la sortija presentando la botella en las aberturas que tiene el horno para este fin, y cogiendo vidrio con el que hace un filete que se aplica en torno de la botella. Por último, vuelve á meter el cuello por segunda vez en la abertura y le acaba entonces con unas pinzas.



Sopleo de los cilindros de vidrio.



Prensa para vaciar la cubiletería.



Obreros cubileteros.

Terminadas las botellas, las cogen los muchachos que las llevan con palos a los hornos de recocer, donde permanecen de doce a trece horas a una temperatura que se mantiene de ciento a doscientos grados.

Todas estas operaciones presentaban muchos inconvenientes para el obrero, que se veía expuesto a un vivo calor y tenía que poner la sortija en la abertura del horno contra la llama.

M. Raabe deseando aliviar la suerte de los obreros de la compañía, estudió varios perfeccionamientos, por los cuales sacó privilegio en 1861, y que *disminuyen la duración del trabajo al paso que separan de él todo peligro*. En principio tienen por objeto la supresión completa del hilo de vidrio al cardelino. El vidrio mismo del cuello calentado en una pequeña abertura suplementaria, es rechazado a un hueco y toma la forma de la sortija mediante un pequeño movimiento de rotación.

Hé aquí las ventajas de este perfeccionamiento: 1º no cansa ya la vista; 2º la sortija sale forzosamente limpia y regular; 3º la embocadura es regular, lisa y el tapon cierra mejor su superficie interior cilíndrica; 4º la operación es mas rápida y da seiscientos cincuenta botellas por obrero y por día en vez de seiscientas. El procedimiento de M. Raabe procura a la vez la rapidez, la economía, la seguridad y la protección de la salud del operario. Creemos que es bastante.

Dos palabras mas sobre los productos de la fabricación de botellas.

Las botellas de todos modelos de la compañía se venden en las principales ciudades de Francia, y las que han sido enviadas a la Exposición de Londres son maravillas de perfección. *Forma y solidez*, hé ahí el resultado obtenido, y que el jurado de Londres sabrá apreciar sobre todo en *los productos corrientes*.

Hé aquí un cuadro donde la elocuencia de las cifras demuestra el éxito que tienen los productos de la compañía:

FABRICACION DE BOTELLAS.

1853-1854	— 17.401,000 botellas.
1856-1857	— 19.583,000 —
1858-1859	— 21.833,000 —
1860-1861	— 23.581,000 —

II. — VIDRIOS DE COLOR.

El punto principal de la fabricación del vidrio de color es la *composición*, que desempeña aquí un papel capital y decide el éxito. Se cuentan dos clases de vidrio de color: los *vidrios en masa* y los *vidrios doblados*.

En los primeros el color debe fundirse uniformemente en la parte vitrosa, teniendo el tono requerido sin que pierda la transparencia. Pero no esta aquí la dificultad.

En los segundos es preciso que los dos vidrios hayan salido bien, que se armonicen y se adhieran sólidamente. El espesor de la capa coloreada debe ser igual, y los dos vidrios no deben contrariarse en la dilatación. La compañía llena tan bien estas condiciones, que se puede afirmar no existe fabricación de vidrios dobles comparable con la suya.

Las composiciones varían a lo infinito y algunas son secretas, por lo cual me limitaré a indicar muy pocas. Hé aquí la del vidrio para vidriera ordinaria, pasta dura: arena de Fontainebleau, 100 kilos; sulfato de sosa, 36 a 40 kilos; carbonato de cal, 40 kilos; carbon de leña molido, 4 a 5 kilos; peróxido de manganeso, 2 a 3 kilos.

Otro ejemplo de composición de vidrio encarnado: arena de Fontainebleau, 100 kilos; sosa, 18 kilos; óxido de cobre, 15 kilos; óxido de hierro, 10 kilos.

Los óxidos de cromo, de cobalto y de manganeso se emplean también para otros colores. Hasta hoy no se han podido doblar los vidrios en verde de cromo, pero se han hecho pruebas y hay la esperanza de que se alcanzará ese resultado. En los talleres de la compañía se ha logrado aplicar el vidrio rojo sobre vidrio amarillo, aplicación enteramente nueva.

Aquí volvemos a encontrar los cuatro períodos de la fabricación de las botellas: la *carga*, la *fundición*, el *tise-frio* y el *trabajo* propiamente dicho.

La fundición dura diez y seis horas, y en este tiempo se completan los crisoles cuyo contenido disminuye. Para ciertos colores como el rosado, el violado y el amarillo, la duración se reduce a doce ó trece horas.

El *tise-frio* es de dos horas, y despues comienza el *trabajo*, que dura de quince a diez y seis horas a una temperatura de rojo claro. Este trabajo, que figura uno de nuestros dibujos, no ocupa mas que a un obrero, pero ha de ser de los mas hábiles. Un mozo coge el vidrio coloreado (para cuatro plazas) con la punta de la vara, y le entrega al soplador, que toma el vidrio blanco y sopla el cilindro. El esmalte bien preparado se extiende con el vidrio blanco y forma en el interior una capa uniforme.

Despues de la fundición longitudinal de los cilindros se procede a extenderlos.

Esta operación no ofrece para los vidrios de color mas que esta particularidad: el obrero emplea el bruñidor de madera para extender la hoja sobre la placa de vidrio llamada lagre, pues el bruñidor de hierro mancharía el color. Luego se dejan enfriar los vidrios durante siete u ocho días. Las placas tienen 0^m,80 sobre 0^m,60. También se hacen mucho mayores, como lo prueban las muestras de la exposición.

Desde la exposición de 1855, que fué un triunfo para la compañía de M. Raabe, la América y la Inglaterra compran al establecimiento los vidrios de color. Estos vidrios doblados ó en masa se emplean para la pintura

sobre cristal, el grabado, las señales de los ferro-carri-les, los faros, la ornamentación, etc.

Hé aquí un cuadro que indicara, por los progresos de la venta, el éxito de los productos de la casa:

1853-1854	64,000 fr.
1855-1856	115,216
1857-1858	123,912
1859-1860	208,300
1861-1862	212,748

Acabamos de exponer las dos *fabricaciones principales* de la compañía, que aun entrega otros productos al comercio, pero que no ha presentado en Londres mas que botellas y vidrios de color. Por esto diré pocas palabras acerca de los *vidrios blancos* para vidrieras, y de la *cubiletería*.

En el vidrio blanco, las fabricas del Mediodía apenas pueden competir con las del Norte en lo que toca a la blancura del producto, pues esto consiste en las materias primeras. En cuanto a la fabricación, ya esta explicada en lo que hemos dicho sobre los cilindros de vidrios de color.

La cubiletería es de excelente calidad y muy variada entre los productos de las fabricas del Loira y del Ródano. Aquí sin embargo, y sobre todo para el uso farmacéutico, la hermosura del color falta también. M. Raabe no se cansa de hacer tentativas para llegar a concurrir con el cristal en cuanto a la blancura y la pureza. Ultimamente se ha decidido a construir unos nuevos hornos como los que se usan en Bélgica, circulares, con ancha reja en el centro, que cargan por dos bóvedas dispuestas en los hornos. Dos orificios entre dos crisoles consecutivos llaman el aire a otros orificios verticales que se elevan a lo largo, y desembocan en la chimenea que se levanta tres ó cuatro metros sobre la techumbre. Así con un tiraje mas fuerte y un calor mas intenso, se podrá marchar a cubierto, esperando evitar el humo y obtener un producto muy blanco con arena de Fontainebleau y cal del Ródano.

Los productos de la compañía Raabe expuestos en Londres no tienen nada que llame la atención de los curiosos. Los comisarios y el jurado aprecian las cualidades de una fabricación cuyo objeto es obtener productos que correspondan a las necesidades del gran consumo por la baratura y la calidad. Estas condiciones han sido llenadas por la compañía que posee actualmente treinta hornos de fusión, veinte en Rive-de-Gier, nueve en Givors y uno en Vienne. Estos hornos ocupan por término medio a dos mil obreros, hombres, mujeres y niños.

C. L.

España en Londres.

(Continuacion.)

CARTA DUODECIMA.

Anualmente se celebra en Londres, con el título de *Handel Festival*, una serie de funciones líricas en honor del primer músico de Inglaterra. El respeto y glorificación a los grandes hombres de la patria, que con tanto ardor se tributa por todos, alcanza y no en pequeña parte, para el modesto artista dedicado al divino aunque intrascendente arte de la armonía. Estas fiestas, ordinariamente en número de tres, y a las que el público asiste con placer señalado, recibieron con motivo de la Exposición universal colosales proporciones, como para transmitir con mayor fuerza al ánimo de los extranjeros el entusiasmo de que en ellas se hallan poseídos los naturales. A 4.000 ascendía la cifra de los ejecutantes, y la cita estaba dada para el palacio de Cristal a las doce de la mañana del 23 de junio.

Conviene advertir ante todo, que la verdadera maravilla de Londres, la que no tiene semejante en ningún país, ni puede tenerlo sin duda alguna, es el palacio de Sydenham. Todo el mundo lo ha visto pintado, y cada uno puede formar de él la idea que se le antoje, bien seguro de que su vista real le ha de sorprender siempre lo mismo, y de que nadie ha acertado ni acertara a describir de una manera satisfactoria ese enorme edificio de filigrana, endeble unas veces cuando se le considera con los ojos entornados, y fuertísimo cuando se le palpa y contempla cargado de gentes y de objetos que harían temblar el palacio de nuestra reina; edificio semejante al que fabricarían los pajaros para vivir todos juntos, pero que han fabricado los ingleses para encerrar en él un modelo de todo lo grande, majestuoso, sublime y bello que ha existido en el mundo desde la creación hasta ahora, con cuyo aliciente congregan cada día ocho ó diez mil visitantes por término medio, que absortos y enajenados ante tantas ilusiones realizadas proclaman a Inglaterra el país mas grande del universo.

No se tome a exageración nada de lo que decimos, pues nos proponemos ser parcos en cálculos y alabanzas, seguros de que lo maravilloso ha de resultar en los hechos. Es muy común que cuantos entran en el palacio y que son viajeros acostumbrados a visitar cosas extraordinarias, digan que ya no desean ver nada mas ni quieran conservar superiores recuerdos en nada de lo que han visitado; pues lo cierto es que allí esta todo, y que está todo de la manera mas bella imaginable.

La historia del palacio da quizá mejor idea de su grandeza que de las descripciones mas meditadas. Construi-

do, como todos saben, dentro de Londres para la Exposición de 1851, se acordó derribarlo y destruirlo pasada aquella, con animo de que fuese eternamente memorable su memoria en la imaginación de los que se figuraran su existencia ante las laminas que iban a quedar; y aun cuando este pensamiento no deja de ser grande en sí mismo, el pueblo inglés significó no aprobarlo por los medios naturales de su prensa y de sus reuniones públicas. — « Si se quiere conservar la memoria (decían) que se conserve el palacio. » — Pero como en Inglaterra todo lo hacen los particulares, y sobre ellos no tiene fuerza alguna el gobierno, la empresa propietaria habia contado al hacer la exposición con el producto de los restos del palacio, que se elevaba a 40 millones; y este producto, puesto que el palacio se construyó con intención de derribarlo, constituía casi toda la ganancia de los especuladores asociados.

En tal situación, y cuando el público no sabia lo que pensaban resolver, una tarde se presentó a la comisión regida reunida en el palacio, un caballero de aspecto vulgar, que solicitó decir cuatro palabras al presidente, conde de Granville.

— Desearia saber, milord, le dijo, qué pensais hacer de este palacio.

El conde, que era de los que opinaban porque se conservase, contestó:

— Se ha aprobado la vandálica idea de destruirlo. — Pues entonces, repuso el caballero, haced cuenta de que yo lo he comprado.

Al oír esto, todos los miembros de la comisión se quedaron atónitos, y alguno se atrevió a advertir que solo el aprovechamiento estaba tasado en 400.000 libras esterlinas, ó sea 40 millones de reales. El desconocido sacó un libro, escribió algunas líneas, y cortando la hoja se la entregó a lord Granville, diciéndole:

— Tened la bondad de enviar ese bono al Banco de Londres; y si mi cuenta corriente alcanza para que lo paguen, será señal de que el palacio es mío.

La comisión mandó en efecto el bono al Banco, cuyo tenedor de libros contestó que la persona firmante podía girar algunos bonos como aquel y serian pagados en el acto. El comprador no era otro que uno de tantos comerciantes como hay en Londres, a quienes apenas conoce nadie personalmente, y cuyo nombre no traspasa las tapias de la City. Dueño del palacio, publicó una operación de crédito garantida por él, para reunir 700.000 libras en pequeñas acciones con objeto de llevarse el palacio por suscripción nacional fuera de Londres y fundar en él una exposición permanente. Las acciones se colocaron en seguida; todo el mundo queria tomar parte en esta obra, las grandes como las pequeñas fortunas. Las señoras se presentaban a pedir acciones en su nombre: hubo acción que se colocó entre tres ó cuatro personas, ninguna de las cuales tenia dinero para comprar una entera.

Y a todo esto la especulación era tan ruinosa, como que con las 700.000 libras no habia bastante para arrancar el palacio y transportarlo a Sydenham. El arquitecto Owen Jones, que se habia encargado de interpretar el pensamiento de Paxton y que vió la ocasión de levantar su ya celebrado nombre a la altura de los grandes ingenios, tan pronto como contó con dinero y con entusiasmo público, reformó sus estudios, aumentó y perfeccionó la maravillosa idea, embelleció las partes que consideraba endebles, principió, en una palabra, a realizar sus sueños de artista, lo que equivale a decir que arruinó a la empresa. Se pidió un segundo empréstito, y un tercero, y un cuarto y un quinto, sin que nadie murmurara, sino antes bien alentando todos para que la grande obra fuese digna de Inglaterra; y por fin, despues de cuatro años de trabajos constantes y de 170 millones invertidos, se abrió al público el palacio de Cristal a 5 reales la entrada.

Allí habian colocado el museo viviente de la humanidad. Monumentos celtas, egipcios, griegos, babilónicos, árabes, romanos, persas, en toda la extensión de su tamaño comparativo: reproducción natural de todas las bellezas, de todas las maravillas que desde los primeros días del hombre se habian concebido y ejecutado por los ingenios y con los tesoros mas importantes: copias y trasuntos exactos de las estatuas, arcos, fuentes, obeliscos, palacios de todos los tiempos y de todos los países mas celebrados del mundo: animales corpóreos desde el origen conocido de la creación hasta las investigaciones modernas del microscopio, desde el mastodonte hasta la araña; flores, plantas y frutas: peces, aves y pajaros de las regiones mas apartadas; tierra, piedra y minerales; algas, conchas y cristalizaciones de todas las montañas y de todos los mares; la civilización en sus obras y la barbarie en sus personas, con grupos de familias salvajes de Africa y de América, con cacerías de osos blancos del polo, con armas, embarcaciones, trajes, muebles y cuanto pudiera dar idea de la historia, de las vicisitudes y de la manera de ser del universo antiguo y moderno: el mundo que anda, el que vuela, el que nada, el que siente, el que yace, todos los mundos sincopados, toda la humanidad viva y muerta: eso trajeron, eso colocaron en el palacio de Cristal. Y cuando ya a su falda han establecido los jardines mas bellos de Inglaterra; y cuando ya han mandado artistas a todas partes para copiar ó traerse lo que exista de bueno, de raro ó de estudiado en donde quiera que lo encuentren; y cuando ya sus saltos de agua, y sus plantaciones de cedros, y sus gimnasios de mil clases, y sus museos vivos y muertos van llegando al limite de lo posible y de lo nuevo; cuando apenas hay nada que desear, inventan y realizan conciertos como este para añadir a una exposición que calla otra exposición que grita

por 4,000 instrumentos afinados. Hemos querido decir algo del palacio de Sydenham para que se sepa el sitio del concierto, porque siempre es bueno, cuando se habla de espectáculos, conocer el teatro donde se representan. Ahora diremos cómo estaba dispuesto este teatro.

El palacio de Cristal, descrito vulgarmente, es una enorme galería de hierro y vidrios, como su título indica, cortada en sus extremos y centro por tres galerías perpendiculares. Colocad sobre una mesa una cinta, cortad otra cinta igual en tres porciones, poned un pedazo igual en cada punta y otro en medio, y tendreis la planta arquitectónica del palacio. Estas cuatro galerías, que realmente no son mas que una sola, porque se comunican por galerías laterales de mas baja techumbre, que corren paralelas con la gran nave longitudinal, constituyen el espacio hueco del palacio, visible en su interior casi todo, con especialidad desde el medio, donde la vista abarca entre multitud de sutiles alambres la extensión completa del cuadrilongo. El concierto se verificó en la galería que corta el centro de la nave principal, de modo que los espectadores tenían a su frente el escenario, a su espalda el resto de la galería que da al centro de los jardines, y a derecha e izquierda los dos brazos de la nave, ingreso el uno y término el otro del edificio. Ya es tiempo de decir que los espectadores sentados éramos diez y seis mil, y a mas los que pululaban por las galerías, cuyo precio de entrada habia sido mucho menor. Los ejecutantes se acercaban a cuatro mil, y estaban colocados en la forma que vamos a explicar.

El escenario, que llamaremos así, aunque no se parece mas que en la forma general a los escenarios de los teatros, es un semicírculo casi completo, poblado de una gradería que se eleva desde la línea de las cabezas del público hasta la altura superior del que también nombraremos salón, aunque ni lo es ni lo parece. Como los espectáculos que en él se verifican son de día, y la luz entra en este raro palacio por todas partes, no tiene lucernas ni quinqués, así como también carece de telones, cortinas y otros adornos completamente absurdos en aquel sitio. Toda su decoración es una pared de madera pintada de un color aplomado artístico, la cual le asemeja a un inmenso tornavoz, que es precisamente lo que se necesita: las demás decoraciones se las proporciona la naturaleza misma del espectáculo; los trajes de las mujeres, sus adornos y cintas; los fraques de los hombres, sus blancas pecheras encerradas en el marco negro del chaleco y la corbata; los papeles de música que se mueven, los instrumentos que relumbran, las cabezas que oscilan, todo el matiz, en una palabra, ó todos los matices de media plaza de toros de Madrid, que es por cierto el tamaño y poblacion de aquel escenario, cuyas tintas no pudieran nunca trasladar al lienzo ni Philastre ni Aranda con todo el poder de sus pinceles. La colocacion de los ejecutantes no es ya asunto de topografía, sino de arte musical; y por eso, así como por las soluciones acústicas y de ritmo que lleva en sí, necesitamos hacerla preceder de las oportunas clasificaciones.

Habia 98 primeros violines, 96 segundos, 75 violas, 75 violonchelos, 75 contrabajos y 86 instrumentos de metal y madera, ó sea 505 instrumentistas. Habia 810 tiple, 810 contraltos, 750 tenores, 750 bajos, nueve solistas y un director, los cuales suman 3,635 ejecutantes, que unidos a los subdirectores, oficiales de órdenes, repartidores de papeles y otros oficios, elevan el número a los 4,000 expresados anteriormente. Aquí conviene advertir que este concierto es el primero y único en su clase que se ha ejecutado hasta ahora; pues aun cuando se oye decir que en Alemania, Suiza y en Francia mismo se han celebrado cantatas en que tomaron parte algunos miles de personas, hay que tener presente que estos no son conciertos en la legítima acepción de la palabra, sino corales, ó sea reunion de voces que expresan con mas ó menos combinacion de voces un himno, un canto popular ó cualquiera otra pieza escrita y arreglada *ad hoc*, lo cual está muy lejos de una ópera y mas lejos todavía de un oratorio sacro en tres partes, como el que el 23 de junio se ha ejecutado. Lo primero lo resuelve la paciencia, y se resuelve en los pueblos filarmónicos, como se va resolviendo en Barcelona; lo segundo depende de la ciencia, del arte y de los recursos; circunstancias todas imposible de encontrar en otro pueblo que Londres, porque ninguno tiene tal número de instrumentistas hábiles, ninguno posee tal muchedumbre de voces educadas, ninguno cuenta con escenario como el palacio de Cristal, y ninguno, y esto es lo mas importante, concibe siquiera la idea de que 16,000 espectadores se dejen 80,000 duros a la puerta para escuchar dos horas de música clásica. ¿Dónde tanta afición? ¿Dónde tanta gente? ¿Dónde tanto dinero?

Estamos describiendo pues el mayor y mas notable concierto dado jamás. A la vista tenemos la estadística de los grandes conciertos ingleses que se han celebrado: el primero, que data de 1784 y se verificó en la abadía de Westminster, lo compusieron 525 ejecutantes; fué el asombro de su siglo: el último, celebrado en el mismo palacio de Cristal, tuvo 1,650 actores, entre los cuales se contaban 150 músicos de regimiento, que ahora no cabian, porque la indole de la música reclamaba la preponderancia de la cuerda sobre el metal. Repetimos, por consiguiente, que esta combinacion armónica es tan nueva, que bien merece la prolijidad con que vamos a exponer su colocacion y método directivo. Para ello nos valdremos de frases vulgares, pero persuasivas. Se trata de una batalla musical con todos los incidentes de las grandes batallas; debemos, por lo mismo, decir en primer lugar que hubo unidad de mando. M. Costa, maestro italiano de origen, inglés por adopción, fué el general en jefe; tenia generales de división en todo el cam-

po; estos á su vez edecanes de órdenes; habia un jefe de estado mayor, señales eléctricas, ordenanzas, y para que nada falte al símil, hasta cornetas que en tonos preventivos dirigian ó modificaban ciertos movimientos parciales. Nos explicaremos.

Figuraos medio embudo, que es la verdadera semejanza del escenario: en la parte céntrica superior el órgano; mas abajo, y en línea recta, el bombo; por debajo del bombo los timbales, y en la parte estrecha del medio embudo el director de pie con la batuta en la mano. Esta era la línea principal de dirección: timbalero y bombista miraban al director de cara, porque M. Costa daba espaldas al público; pero como el organista también la daba, porque el órgano de Davison (el mayor que se ha construido hasta el día) se toca de frente, un gran espejo colocado sobre los registros ponía en comunicacion exacta al general con su jefe de estado mayor, en términos de que ambos eran una sola voluntad desde tan larga distancia. A la derecha de esta línea, es decir, á la derecha del órgano, estaban colocadas las tiple; á la derecha de las tiple los baritonos; á la izquierda del órgano los tenores; á la izquierda de los tenores los bajos, y á modo de una faja que se extendía inferiormente desde los bajos de la izquierda hasta los baritonos de la derecha, estaban colocados los contraltos. Hasta aquí las voces, que ocupaban dos terceras partes de la línea general.

Por bajo de las voces se extendian los instrumentos en esta forma: á la derecha, esto es, debajo de los baritonos, los primeros violines y las primeras violas; á la izquierda, ó sea en relacion con los bajos, los segundos violines y violas; mas hacia el centro, por ambos lados, el metal fuerte; y en el centro mismo el metal cantante de madera.

Ahora necesitamos valernos de otra figura grotesca para expresarnos mejor. Los ejecutantes formaban un abanico abierto; la parte de la vitela los coros; los huesos de las varillas la orquesta; en el clavo el director; y para seguir el símil, porque es exacto, las varillas las ocupaban los contrabajos y los violonchelos en su parte visible, pues la escondida entre la vitela estaba representada por trombones y cornetas que de trecho en trecho continuaban los radios hasta la curva superior, confundidos con los coristas. Habia pues una línea general de dirección y varias subalternas. La general ya hemos dicho que principiaba en el maestro y pasando por los timbales y el bombo terminaba en el órgano; las subalternas, partiendo del director mismo, se extendian por contrabajos y violonchelos hasta perderse en los trombones que tocaban la curva máxima; y de esta manera, abrigadas las voces por los instrumentos y los instrumentos por sus compasistas, el brazo de M. Costa se dejaba sentir en todas partes, imprimiendo á su arbitrio el movimiento que las circunstancias requerian, como si en vez de un numeroso ejército de combatientes manejase un peloton de reclutas.

A esto se debe que el concierto en sus cuatro horas de música no tuviera una sola falta; que jamás un acorde saliese barbudo; que ni por acaso entrasen antes ó despues los diversos grupos de coristas, y en fin, que pudiera dejarse á los cantantes espacio libre para sus *fermatas* y *foriture*, sin miedo de que la masa vocal é instrumental, que no los veía porque estaban colocados debajo de todos en ala delante del director, les atropellase ó pisase las notas como hasta en un miserable teatro donde cantan cuarenta suele ocurrir frecuentemente.

No sabemos si esta disposicion de las masas sonoras, que llamaremos estrategia musical, será la última palabra del arte ó sufrirá modificaciones, especialmente en Alemania; ignoramos la opinion de los mariscales alemanes, que son los primeros estratégicos de la música; pero alla va nuestra opinion.

La música es un puro efecto, no tiene causa; por eso no se sabe dónde estan los fundamentos de su belleza: la misión de la música es la armonía, y sin embargo, hay modulaciones inarmónicas que en circunstancias especiales producen efectos maravillosos: Beethoven y Mozart, como antiguos; Rossini, Bellini y Meyerber como modernos, nos dan a cada paso ejemplos de esta verdad. Siendo la música un puro efecto, es necesario prescindir de toda teoría estética *a priori*, para venir á parar a resultados prácticos *a posteriori*.

El sabio maestro de Bellini decia, hablando de la *Norma*: — « ¡Qué lástima que ese muchacho haya escrito una ópera contra todas las reglas del arte, y sin embargo es preciso confesar que algunas piezas suenan bien! » — El pobre fraile, que se rebelaba contra el método, no podía rebelarse contra el oído. Pues bien; para conquistar el efecto del sonido, la disposicion de M. Costa nos parece irreprochable. Otro director menos experto habria procurado, ó la interpolacion absoluta, que es la mas lógica, ó la sucesion relativa que es la natural; habria hecho salir la masa sonora de la multitud mezclada, ó habria colocado primero los bajos profundos despues los cantantes, despues los baritonos, en seguida los contraltos, mas alla los tenores y cerrando el círculo las tiple, como acontece en los teatros. Pero ¿qué sucederia? La gran masa vocal hubiera tenido cabeza y cola, principio y fin, máximo y mínimo, con lo cual en la enorme extension del coro habria parecido que se cantaba en dos lugares distintos; y mientras los espectadores de la izquierda se atronaban con los bajos, los de la derecha sentirian lastimado su oído con la agudeza áspera de las tiple.

La disposicion de M. Costa es un cuadro mirado de frente, cuyo marco son bajos y baritonos; su primer término contraltos, y su lontananza central tiple y tenores; disposicion completamente acorde con la de la orquesta, pues mientras á los bajos y baritonos que atruenan se les abrigaba con los violines y violas que cantan, á los tenores y tiple que cantan se les envolvía con el metal ruidoso y la cuerda fuerte que acompaña; dejando en el centro y lugar mas bajo á los contraltos que melodizan, confundidos con el metal y madera suaves, que como ya hemos dicho ocupaban el comedio del embudo, frente por frente del espectador. Así dispuestas las cosas, los primeros acordes del *Dios salve á la reina* con que principió el concierto electrizaron á los oyentes, quienes mientras duró el famoso himno pareció que ni respiraron siquiera.

Tiempo es ya de decir algo sobre la obra ejecutada. Handel, como nadie ignora, es un músico clásico del siglo pasado, que á la circunstancia de haber recibido su educacion y escrito en Inglaterra, debe el que, aun cuando oriundo de Alemania, los ingleses le tengan por su maestro histórico. Handel es el ídolo de los aficionados británicos. Maestro de condiciones severas é intransigente con la música profana, sus principales y numerosas obras son oratorios, ó sean operas sacras, que deberian ejecutarse en la iglesia si la iglesia fuera un teatro, siquiera le llamasen sagrado.

Pero á falta de esta imposible condicion, los ingleses han hecho unos locales sin nombre propio, en los que bajo el aspecto severo de un templo, aunque con perfíles muy confortables, se toca y canta la música sagrada, y con particularidad y aplauso ruidoso la de Handel. Las obras de este están vaciadas en moldes de los libros santos: *Sanson*, *Judas Macabeo*, *Israel en Egipto*, *Mesias*, etc., son títulos que indican bien su género y su estilo. La division de ellas es por lo comun de tres partes; su ideal la grandeza, su expresion mas adecuada el cuarteto de cámara ó la capilla de una catedral, sin embargo de que se prestan grandemente á la extension que la idolatría inglesa ha querido darles, arreglandolas para conciertos monstruos. Su estilo, siempre clásico, las hace duras; su melodía, imitativa de las palabras mas que de las ideas genéricas, se hace algo monótona, como monótonas son las palabras, que no los conceptos de la Biblia. Para nuestro pobre juicio, y perdonennos los ingleses, Handel tiene escaso número, aunque infinita ciencia, y sus obras no alcanzaran en el mundo musical ni ahora ni nunca el general aplauso del príncipe de los alemanes. Ellos dicen, por ejemplo, que su *Moisés en Egipto*, que aqui gusta poco, va cien años delante de la civilizacion musical de Inglaterra; y así, lo que tiene de mas agradable se lo aplauden de presente, y lo que tiene de mas insípido se lo aplauden en nombre del porvenir.

En suma, los ingleses necesitaban un músico como han necesitado un guerrero: Francia tuvo un Napoleon; ellos han hecho un Wellington: Alemania tuvo un Beethoven; ellos han hecho un Handel; pero en nuestro concepto hay una idéntica diferencia para el resto de Europa entre Handel y Beethoven, como entre Wellington y Napoleon. Bien recordamos la frase que se atribuye al público de Ariosto: — « El poeta esta loco; no lo entendemos » — y librenos Dios de decir que Handel es mal músico, porque no llega á nuestra comprension; pero permitásenos decir: Handel es un sabio; á nosotros no nos gusta.

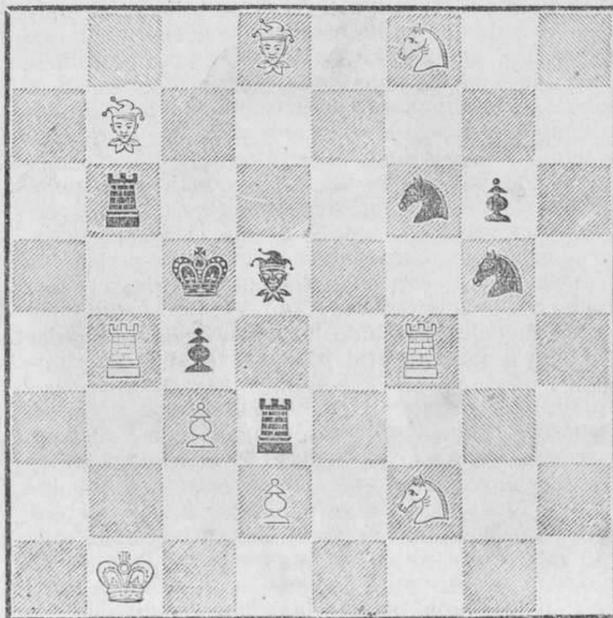
La obra verificada el 23 de junio fué *El Mesias*. ¿Qué podremos decir, profanos como somos en el arte de leer las patitas de mosca del pentagrama, sobre los pormenores de este oratorio? Bastante haremos con consignar

Problemas de ajedrez.

Solucion del número 27.

- | | | |
|---|---------------|----------|
| 1 | T 6ª R | R 5ª Ra |
| 2 | C 5ª Ra | R come A |
| 3 | T 4ª R jaque. | R come C |
| 4 | P mate. | |

PROBLEMA NUM. 28, POR D. LAMOUROUX.
NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

que tiene tres partes y consta de 57 números; que sus armonías son celestiales; que hay en él arranques de un ingenio privilegiado; que me parece muy superior en los coros a los solos; y en fin, que su música, generalmente hablando, se presta por la solemnidad, por la acentuación, por el espíritu, a que se exprese en esos pasmosos conjuntos. Las fugas, sobre todo, están tratadas de una manera magistral. Sin jugarse con ellas a titeres de sonido, como solía acontecer con los músicos del siglo pasado, semejan admirablemente las impresiones de un pueblo que se espanta, de una multitud que llora, de grandes muchedumbres que se alegran (*alleluya*) ó que corroboran y aprueban los votos del inspirado (*amen*).

Nada tan asombroso como oír en el concierto de que hablamos, gracias a la disposición de sus partes, la expresión dolorida de las mujeres, templada con el valor y entereza de los hombres; el canto de las vírgenes y el himno de los guerreros; las plegarias ó los denuestos en confuso pero armónico son manifestados; y seguir con la vista a la par del oído las ondulaciones melódicas que desde los bajos se fugan a las tipleas, y de estas van a morir a los baritonos dulcificadas por la media voz de los contraltos; atmósfera sonora semejante a una bandada de ruiseñores, jilgueros y oropéndolas que se entretuviesen en subir y bajar a nuestra vista planos inclinados del horizonte, expresando con sus trinos y gorjeos la imponente y bella majestad de una mañana de primavera embalsamada con el aroma de los campos!

Y en medio de todo, cuando las 3,000 voces del coro callan de repente con un *tutti* magnífico, dejando suspenso al espectador, oír del centro de la masa sonoras las flautas y los picolos, el corneo y el oboe que preludian una melodía de transacción, como si los pájaros de la selva callasen de improviso acobardados por el lejano eco de las trompas de caza, terminado el cual volviesen tímidamente a ensayar poco a poco sus apagados acentos, hasta que la confianza del peligro pasado les resuelve a provocar la explosión de su ruidosa canturía.

¡Lástima grande que con tan extraordinarios elementos de acción no asomase de vez en cuando por entre los números de *El Mesías* la tierna inspiración de Mozart, el potente número de un Beethoven ó la sabiduría, la gracia y la inventiva juntas de un Rossini!

Pero no asoma, ó al menos nuestro oído meridional no lo percibe. Handel extiende cuatro horas de música sobre un tema de dudosa originalidad, y glosándolo hasta la exageración que permite la ciencia, se duerme sobre los laureles del contrapunto. A nosotros se nos figura uno de esos expositores de los Santos Padres, que con haber desleído y difundido la santidad mas que ellos, no alcanzan, sin embargo, la gloria eterna. Los ingleses dicen que si: quizá tengan razón; a los maestros les toca juzgar.

Nosotros juzgamos del concierto como juzgan los que pagan una guinea a la puerta y creen adquirir con ella el derecho de insurrección de la misma manera que el de asombro. Antes de insurreccionarnos, nos hemos asombrado del lago de preciosas cabezas con coronas de flores que se extendía por el salón del concierto; nos hemos asombrado de la magnificencia con que 4,000 voces dicen el himno nacional y 16,000 figuras le escuchan de pié con respetuoso silencio: nos hemos asombrado de aquella montaña de trajes blancos con cintas azules y rosadas, divididas por marcos negros que produce todo género de sonidos, como si obedeciese a los impulsos de la inspiración rimada; nos hemos asombrado de aquel brazo de director, despota cariñoso que reglamenta con increíble habilidad y constancia una república de aves canoras; nos hemos asombrado del pueblo que posee semejante palacio, semejante conjunto de instrumentos y cantores, y tan numeroso, tan distinguido, tan opulento concurso; nos hemos asombrado, en fin, de escuchar música grandiosa y sabia en un local que tiene por alfombra flores, por ambiente las maravillas del mundo y por techumbre el cielo: ¿puede pedirnos mas asombro? ¿Hemos conquistado el derecho de anublar, siquiera sea ligeramente, los resplandores de este hermoso día, exigiendo un último perfil que hemos echado de menos?

Es posible que sí, con tanta mas razón, cuanto que los ingleses mismos sentirían saber que había quedado alguien completamente satisfecho, porque ellos en su afán incesante de engrandecerse y engrandecer su país, no miran las cosas grandes mas que como un escalón para llegar a mayores alturas; y es natural que mediten, para alguna otra exposición que convoquen, algún concierto en que tomen parte los ejércitos de Dario, y cuyo escenario se construya en los desiertos de Zahara.



Monumento elevado á la memoria de Decamps en Fontainebleau.



I. M. Altamirano, diputado mejicano.

Inauguración

DE LA ESTATUA DEL PINTOR DECAMPS
EN FONTAINEBLEAU.

El domingo 31 de agosto, día de la fiesta de Fontainebleau, se ha inaugurado un monumento á la memoria de Decamps, cuya pérdida reciente aun deploran hoy las artes. El ilustre pintor murió en esta ciudad hace dos años, de resultas de una caída de caballo; y el municipio, queriendo asociarse al sentimiento general inspirado por esta desgracia, decidió que una plaza abierta delante de las construcciones de la nueva subprefectura que se acaba de edificar, llevaría el nombre de plaza *Decamps*, y que en medio de ella se elevaría una fuente coronada con el busto del artista.

A las dos de la tarde un inmenso concurso de gente se habia reunido en la plaza para la ceremonia de inauguración. Después de algunas tocatas militares y de una cantata ejecutada por los orfeonistas de la ciudad, pronunció un discurso M. Guerin, alcalde de Fontainebleau. La viuda de Decamps y sus hijos asistían á la ceremonia, así como varios artistas de París. En el busto de bronce se lee: *A Decamps, sus amigos, 1862*. Las facciones del pintor se ven exactamente reproducidas en la escultura de M. A. Carrier. El cuerpo de la fuente es de hierro, y presenta por un lado esta inscripción: *A DECAMPS, PINTOR*, y por el otro esta otra: *Regalo de M. Guerin, alcalde, 1862*. Todos los ornatos se hallan bien dispuestos, pero dejan algo que desear bajo el punto de vista de la precisión significativa de los emblemas: forman un doble grupo compuesto de instrumentos de música, que por consiguiente dan mas bien la idea de un músico que la de un pintor. En el friso, una ronda de amores con guirnalda presenta menos relación todavía con el talento original y variado, pero poco anacrónico, de Decamps.

A. J. D.

Ignacio Manuel Altamirano,

DIPUTADO AL CONGRESO DE LA UNION.

Damos en esta página el retrato de un diputado mejicano de origen indio, que en estos últimos tiempos ha llamado altamente la atención por su vehemencia de lenguaje y su inflexibilidad de principios, el señor Altamirano.

« Su modo de decir, leemos en una correspondencia de Méjico que tenemos á la vista, es conciso y de una firmeza notable. Su lenguaje, exento de metáforas exóticas, va derecho al fondo de la idea sin extrañarse en periodos retumbantes y en circunlocuciones supérfluas. La fuerza de su palabra consiste sobre todo en una argumentación encadenada sin arte aparente, pero vigorosamente apoyada con citas históricas tan oportunas como bien elegidas, y el secreto de sus triunfos oratorios está basado en el movimiento rápido y á veces brusco de sus raciocinios mezclados de sarcasmos ó de vivas emociones políticas, de interpretaciones á quemarropa y de sombríos estallidos de cólera. A menudo se oyen en la tribuna mejicana discursos agradables por diversos títulos, pero nunca se ha mostrado en ella un orador tan nervioso y apasionado como el señor Altamirano, que apenas hace años se dió a conocer, y hoy es una esperanza para la patria. »

Por el último correo hemos recibido la noticia de un suceso deplorable que vamos a referir en pocas palabras. El señor Altamirano habia publicado, en el *Monitor republicano* del 11 de agosto, un escrito combatiendo los informes que da al gobierno francés el señor Wagner, ministro de Prusia en Méjico, que tiene a su cargo en aquel país los intereses franceses. A consecuencia de esta publicación, el secretario de la legación prusiana pasó a casa del señor Altamirano a exigir una satisfacción, y este se la ofreció cumplida como se usa entre caballeros, al propio tiempo que mantenía la veracidad de todo lo que habia escrito. Al oír esta respuesta, el secretario irritado hasta lo sumo sacó una cachiporra del bolsillo y dió de golpes con ella al diputado. Este pidió socorro, entraron criados, la lucha se generalizó, y el secretario recibió algunas heridas, mientras uno de los sirvientes quedó con la cabeza abierta de una cachiporra. La justicia informaba ya sobre este hecho incalificable.

X.